

CAPITAL Y CLASE OBRERA

Reflexiones teóricas a propósito de Colombia en los años setenta

por Fernando Rojas

Presentación

Encontrará el lector que este ensayo está destinado a servir de introducción a una obra más extensa que aún no ha visto la luz. Como suele ocurrir, la introducción habrá de ser corregida una y otra vez a medida que el cuerpo principal adquiere su forma definitiva. Sin embargo, las presiones del tiempo me han obligado a publicar por adelantado esta parte de la obra, tal y como se encuentra desde 1981. Sin notas de pie de página y sin agregar todavía mis reflexiones posteriores al escrito ni las más valiosas y oportunas que tuvo a bien hacer mi amigo, Víctor M. Moncayo.

El avezado teórico detectará tras de estas líneas una recapitulación y un replanteamiento de los entendimientos marxistas sobre la relación entre Estado, capital y clase obrera. Quien haya seguido de cerca la historia de Colombia de los últimos diez o quince años percibirá en esa historia la fuente de inspiración de tal replanteamiento. Y quien haya tenido la paciencia de seguir nuestro incierto pero incesante camino crítico a la sociedad capitalista avistará en el horizonte una nueva corriente, todavía imprecisa y titubeante.

1. Una lectura paradójica de Colombia en los años setenta

La cosmología social colombiana de los años setenta es singularmente dinámica. Cambios en la composición de edad de la población y en su distribución espacial; mutaciones en los frentes de producción y en

las fuentes principales de acumulación; variaciones en la extracción de las élites y en la interrelación de las clases dominantes; síntomas de inestabilidad del régimen político; etc. Es una dinámica tan global que difícilmente pasa inadvertida a los observadores de los desarrollos colombianos. E inclusive el colombiano corriente recoge con sagaz ironía estos desarrollos mediante la creación de nuevos vocablos callejeros como los de "clase emergente" o los de "lavado de moneda" para referirse respectivamente al ascenso de nuevos grupos a posiciones de dominación social y a la masiva incorporación de dineros habidos mediante actividades ilegales a la economía legalizada del país.

Parece existir, pues, un reconocimiento general de la descomposición de unas relaciones sociales previas y de la aparición de unas nuevas. Lo que no resulta lugar común es el diagnóstico de las fuerzas del cambio o la conceptualización del nuevo orden que se viene gestando. Naturalmente, la diversidad de interpretaciones es propia de todo período de transición. Los cambios en las relaciones sociales desbordan los antiguos encasillamientos y reclaman la construcción de nuevos paradigmas.

En el campo de las corrientes burguesas, las olas del replanteamiento científico impulsado desde ultramar arrasan con las doctrinas keynesianas y del Estado del bienestar como si fueran meras estatuillas de barro. Pero también en el campo crítico de las relaciones capitalistas, la fiebre de nuevos paradigmas está mandando las versiones esquematizadas y vulgarizadas de un Lenin o un Trotsky a la tumba de la mitología. Hay, pues, una cierta conexión entre los replanteamientos teóricos que demanda la evolución social colombiana y los que se vienen dando en otros países, ya en el campo de las posiciones burguesas, ora en el de las elaboraciones marxistas. Y no es de extrañar que así ocurra puesto que, como veremos más adelante, tanto en Colombia como en el exterior se vienen agrupando los elementos que configurarán una nueva fase de la relación capital-trabajo. Otra cosa es que este proceso marche a ritmos desiguales y tenga manifestaciones diferentes.

Veamos a continuación de qué manera se ligan algunos fenómenos observados en Colombia en los últimos años con las corrientes marxistas que buscan actualizar e imprimir nuevo vigor crítico al socialismo científico. Para ello, comencemos examinando las implicaciones teórico-políticas de una serie de tesis atinentes a Colombia, dejando para más

adelante (numeral 2 de esta Introducción) el estudio de la relación entre tales implicaciones y los interrogantes abiertos por la llamada crisis del marxismo. Naturalmente, estas consideraciones introductorias sólo tienen por objeto presentar los principales problemas abordados en este ensayo. Queda a los capítulos siguientes la elaboración de las tesis y su ilustración conforme a las observaciones empíricas.

1.1 Primera paradoja: el Estado no parece representar ninguna clase o fracción de clase dominante

Si nos atenemos a las políticas estatales, y principalmente a las llamadas políticas económicas, resulta difícil establecer una relación más o menos definida de correspondencia entre el Estado y una clase o fracción de clase cuyos intereses estarían representados de privilegio. Así, veremos más adelante (Capítulo 1) que la fracción del capital industrial, ya sea nacional o extranjero, ha sido particularmente afectada por las medidas de apertura de la economía a la competencia internacional y por la combinación de políticas monetarias y cambiarias de los años setenta. La agricultura de tipo capitalista tampoco parece haber prevalecido en las disposiciones estatales aunque, ciertamente, no se ha visto perjudicada en su conjunto de la manera en que lo ha sido la industria.

Aunque podría sostenerse que las políticas de inversión pública han favorecido a las compañías multinacionales recientemente vinculadas a la explotación de los recursos minerales (gas natural, carbón, níquel y últimamente recursos forestales), lo cierto es que la hegemonía de dichos sectores no serviría para explicar el viraje global de las políticas económicas a partir de los años setenta, según se verá en el capítulo 1 de este trabajo.

Quedarían entonces, a este nivel de agregación, la fracción constituida por la especulación con el dinero o la fracción beneficiaria de la renta del suelo urbano, una y otra estrechamente ligadas entre sí y ligadas también a las rentas provenientes del tráfico ilegal de la marihuana y la cocaína, de singular importancia en Colombia durante el período que estudiamos. Y es indudable que el sector financiero del país se ha beneficiado desproporcionadamente del conjunto de las políticas monetarias y cambiarias y de sus modalidades concretas de aplicación, hasta el punto de que ha presentado repetidamente los más altos índices de

rentabilidad del capital y de crecimiento registrados en el país. No obstante ello, la correlación entre los intereses del capital bancario y las disposiciones gubernamentales se rompe a partir del momento en que esa fracción, atemorizada ante la recesión que se anuncia para el país a partir de los años ochenta, se reúne con los representantes de la industria, del comercio y de la construcción para reclamar del gobierno estímulos a las actividades productivas internas. Y lo interesante del caso es que entonces el Estado persiste tercamente en lo fundamental de sus políticas económicas a pesar de la *cohesionada* oposición de los sectores más representativos del conjunto de las clases dominantes o bloque en el poder.

Quedaría así mismo la fracción de los exportadores cafeteros, de singular importancia en un país tradicionalmente monoexportador como lo ha sido Colombia. Sin embargo, aunque los intereses del gremio cafetero han sido explícitamente protegidos, la producción y exportación de café no puede ser esperanza de ampliación de las fuentes de acumulación para el Estado ni para los mismos cafeteros, razón por la cual el Estado se limita a respetar sus excedentes y a proteger su continuidad como fuente proveedora de divisas mientras que los agentes vinculados al grano penetran cada vez más en el sector bancario y a partir de allí se diversifican y reorientan sus fuentes de captación y generación de excedentes.

Adviértase además que por estos años el Estado no parecía en manera alguna estar buscando la captación de los movimientos populares mediante concesiones que pudiesen fomentar la sospecha y la resistencia organizada de la industria, la banca y el comercio.

De suerte que el comportamiento del Estado colombiano de los años setenta difícilmente puede explicarse alrededor de los intereses subjetivos de clases o fracciones o de la necesidad de restablecer desde fuera una armonía transitoriamente interrumpida entre ellos. Cuando el Estado ha inclinado sus simpatías hacia una u otra fracción, sólo lo ha hecho en la medida en que el avance privilegiado de ellas contribuye al desarrollo germinal de un nuevo modelo de acumulación del capital, bien sea sirviendo de agentes de concentración y centralización del capital existente, como en el caso del capital bancario, bien generando o captando momentáneamente nuevos excedentes, como en el caso del auge de la producción y el tráfico ilegales de marihuana y cocaína. Pe-

ro si estas fracciones de clase se oponen a la preparación del terreno para la siembra del nuevo esquema de acumulación y si, temerosas de los riesgos inherentes al mismo, pretenden replegarse a los viejos cultivos y a las antiguas alianzas, el Estado emprende solo su proyecto con la esperanza de contar con los recursos y con los aliados de turno necesarios para llevarlo a cabo pero también con fe en que a corto plazo esa empresa producirá sus propios socios.

Naturalmente, el destino del gobierno se vuelve incierto a partir del momento en que se enfrenta más o menos abiertamente a ese bloque cohesionado de intereses de dominación. Es una incertidumbre que en Colombia se ha manifestado en la puesta en duda de la continuidad de las fracciones "turbayistas" del Partido Liberal en la Presidencia de la República cuando se inicie el próximo período gubernamental en agosto de 1982. Sin embargo, lo interesante del caso no radica en los pronósticos electorales a que pueda dar lugar la colisión gobierno-bloque de clases dominantes sino en las circunstancias de que la independencia estatal se haya podido originar, de que ella misma sea a comienzos de los años ochenta una consecuencia de la continuidad de políticas iniciadas en los primeros años de la década anterior, y de que el actual bloque de clases dominantes, no obstante su cohesión, sea todavía incapaz de contraponer a la iniciativa oficial un plan viable y coherente de reproducción interna del capital.

Más que un gobierno y que unas políticas subjetivamente concebidas, lo que hay detrás de la autonomía estatal es una propuesta profuturo de reorganización económica y social. De manera que la aparente autonomía no parece ser la del gobierno ni la del Estado sino la de unas necesidades objetivas que se imponen al Estado desatendiendo la suerte de las clases y fracciones empotradas en la estructura social anterior. Los gobiernos colombianos parecerían estar planeando a *largo plazo* mientras que las clases dominantes se ceñirían al corto plazo en obediencia a la conocida sentencia keynesiana según la cual "en el largo plazo todos estaremos muertos".

Como es de esperar, un gobierno y una fracción partidista relativamente aislados que, sin embargo, aspiran a preservar el control de los aparatos estatales en los años venideros, se ven forzados a recurrir a prácticas singulares dentro del ejercicio burgués de la política. En Colombia estas prácticas se basan cada día más en la provisión selectiva

de los servicios públicos, y principalmente del acceso al empleo estatal, a aquellos grupos que ofrecen respaldo o posibilidades de apoyo al gobierno de turno. Puesto que el régimen colombiano se ha ido orientando hacia un presidencialismo incontrolado y el aparato estatal ha crecido desproporcionadamente en el nivel nacional, las modalidades de práctica política impuestas por el relativo aislamiento gubernamental han encontrado medios propicios de operación en un clientelismo concentrado y centralizado.

A su vez, las modalidades de práctica política burguesa introducidas para asegurar, transitoriamente, el control del aparato estatal por parte de las corrientes partidistas que sirven de vínculos a la reestructuración social, pueden ser parcialmente incompatibles con la reforma de fondo y de largo plazo del aparato estatal correspondiente a esa reestructuración social general. Este es un punto que se tratará en los capítulos 5 y 7 de este ensayo.

Por el momento nos basta concluir que la autonomía aparente del Estado colombiano a partir de los años setenta no se desprende del hecho de que el aparato estatal haya sido conquistado por grupos que favorecen el clientelismo para reproducirse como clase política sino que *las reglas que determinan la existencia del Estado y su comportamiento originan en un cierto momento esa autonomía frente a las clases dominantes, reviven bajo nuevos ropajes unas modalidades de prácticas políticas toleradas por la constitución burguesa y abren las puertas del aparato estatal a los grupos que vienen practicando tales modalidades*. Lo demás es cuestión de estar en el lugar adecuado en el momento oportuno.

Ahora bien, puesto que el determinante de fondo de la revitalización de las prácticas políticas clientelistas se halla en las necesidades de reestructuración global de las relaciones sociales y no en la voluntad de los partidos políticos o de los agentes del Estado, cabe pensar que esta misma reestructuración podría llevarse a cabo mediante otras modalidades de la práctica política burguesa aun cuando ellas sean modalidades de excepción, como lo sería una dictadura militar.

Así es que las particulares formas del Estado y de la práctica política burguesa que estamos viendo en Colombia en los años que transcurren no provienen de la voluntad de las clases dominantes ni tampoco

de la voluntad de los partidos políticos o de los agentes de los partidos y del Estado. Lo que implica la existencia de *una fuente de tensión estructural entre el Estado y las clases dominantes actuales debida a la autonomía del primero con respecto a las segundas, pero también al hecho de que el Estado carece de autonomía frente a las demandas invisibles de la reproducción del capital*. Obviamente, esta tensión sólo se vuelve explosiva en aquellos periodos históricos en que el Estado debe sacrificar las anacrónicas bases materiales que dan existencia a los intereses dominantes presentes para construir nuevas bases sobre las cuales se cimentarán otras tantas fracciones dominantes.

Pero al señalar estas conclusiones ya estamos adentrándonos en el primer conjunto de paradojas creado por los desarrollos colombianos para las principales vertientes tradicionales del marxismo. Naturalmente, este conjunto toca con la naturaleza del Estado y puede formularse enumerativamente de la manera siguiente:

(1) En la década del 70, con más claridad que en las anteriores, las políticas del Estado colombiano han sido orientadas a la constitución, pro-futuro, de unas nuevas relaciones capitalistas y, por ende, de unas nuevas fracciones del capital. Independientemente de que esas nuevas fracciones del capital lleguen o no a ser en un futuro representadas por los mismos agentes individuales que hoy constituyen las capas dominantes del país, lo cierto es que ese papel *constitutivo y futurista* del Estado invalida toda subordinación de las políticas estatales a los intereses *actuales* de las clases y fracciones que constituyen el bloque en el poder.

Nótese que esta separación entre el Estado y las clases dominantes no se restringe a la conciencia que los agentes de éstas tienen respecto de sus intereses sino a los intereses objetivos de ellas, esto es, a su necesidad de existir como clase o fracción específica.

Asimismo, obsérvese que dicha separación no excluye la posibilidad de una coincidencia eventual entre las políticas estatales y los intereses de una o más clases o fracciones dominantes. Por el contrario; es de esperar que se presente frecuentemente esta coincidencia por cuanto, correspondiendo las clases como corresponden a las relaciones materiales de dominación, ella es un síntoma de la viabilidad del proyecto gubernamental y de la solidez de las relaciones capital-trabajo existen-

tes. Lo que se quiere subrayar, como observación novedosa, es la independencia de las políticas estatales respecto de las clases actualmente existentes y la posible subordinación de tales políticas a unos imperativos que pueden llegar a trascender la capacidad de las clases actuales en cuanto formas de reproducción del capital. Es decir, los faros de orientación del Estado han de buscarse más allá de las limitaciones y de la miopía de las clases que navegan en él en un momento dado.

(2) Resaltan también las circunstancias de lucha bajo las cuales ha cobrado notoriedad la autonomía del Estado frente a las condiciones materiales de reproducción del capital vigentes en Colombia. Aunque a comienzos de la década del setenta habría podido pensarse que el ejercicio de dicha autonomía estaba restringido a la restauración del orden y de la colaboración dentro del bloque en el poder, y que en consecuencia desaparecería al esfumarse los combates intestinos que por aquel entonces protagonizaban los voceros de las clases dominantes, lo cierto es que dicha autonomía no parece haber mermado cuando, hacia finales del decenio, fueron los mismos voceros de las clases dominantes quienes se encargaron de restablecer la armonía entre ellas y casi al unísono reclamaron un nuevo viraje en las políticas gubernamentales. De manera que no cabría argüir que la autonomía relativa que viene disfrutando el Estado esté originada en la necesidad de actuar como "capital colectivo" para cohesionar al bloque en el poder.

Ha existido, sí, una autonomía que ha llevado al Estado a actuar como capital colectivo. Pero dicha autonomía no ha estado condicionada a los desequilibrios de poder dentro de las clases dominantes o dentro del país en general. Ni su función ha quedado restringida al restablecimiento de un cierto orden de prioridades dentro de los distintos intereses actuales del bloque en el poder ni a la reconstrucción del bloque en torno al privilegio otorgado a los intereses de una u otra fracción que parecería poseer la capacidad de armonizar al conjunto alrededor de sus propias necesidades. En esta ocasión, el Estado mismo acentuó el malestar inicial dentro del bloque y posteriormente se lanzó a la *creación* de unas capas que llegarían a erigirse en hegemónicas. Su tarea no ha estado subordinada a unos intereses existentes sino que, actuando en nombre del conjunto del capital y para salvar su reproducción intenta imponer a todas las clases y fracciones existentes un proyecto que terminará eliminando algunas, transformando otras y procreando las más importantes.

Salta a la vista la dificultad teórica creada por estas observaciones: si aceptamos la autonomía del Estado respecto de los intereses materiales actuales de las clases dominantes, ¿cuál es entonces el patrón que regula las iniciativas estatales? ¿Siguen acaso ellas una fuerza constitutiva de la relación entre el capital y el trabajo que le es connatural al Estado mismo y que en consecuencia escapa a la voluntad de quienes son agentes del Estado en un momento dado? O, por el contrario, ¿es la fuente de tales iniciativas el capricho, el interés personal o la inquietud innovativa de los gobiernos?

(3) Según nuestra lectura de los desarrollos del Estado colombiano en los años setenta, éste ha venido interviniendo originariamente en la formación de una nueva fase de la relación entre el capital y el trabajo. Obviamente, no hemos conceptualizado aún esta fase como tampoco sus determinantes. Esta será tarea de los capítulos 1 a 3 de este ensayo.

Lo que es pertinente subrayar a esta altura de la obra es el hecho de que la intervención constitutiva del Estado no ha quedado limitada en Colombia a la configuración inicial de la relación entre el capital y el trabajo. Puesto que en este caso se observa, con más nitidez que en otras situaciones, una conexión íntima entre las actuaciones del Estado y la maduración de condiciones propicias a la aparición de modalidades nuevas de la relación capital-trabajo preexistente, el papel del Estado dentro de las relaciones sociales aparece ahora esencialmente presente en la forma específica adoptada por las relaciones sociales capitalistas. No podría decirse entonces, como se ha vuelto costumbre dentro de la tradición marxista, que el Estado disfrute de cierta autonomía frente a las relaciones de producción o, como se ha sostenido recientemente, que la intervención constitutiva del Estado en las relaciones sociales capitalistas se restrinja a la creación inicial del sujeto proletario y de las condiciones de circulación mercantil.

(4) Y si aceptamos que el Estado interviene esencial y congénitamente en la creación de ciertas fases de la relación capital-trabajo, podemos esperar que las modalidades de intervención sean también específicas a cada fase. Lo que propone implícitamente un cierto criterio y una cierta agenda de periodización de etapas del capital y de etapas del Estado. Esa periodización de la evolución del Estado deberá precisar el sentido particular de la intervención estatal en cada fase de la

relación capital-trabajo. Habrá de ser un sentido general, compatible con una pluralidad de políticas, de formas de gobierno y de formas de Estado, que a la vez imprima una orientación general al aparato estatal y a las actuaciones gubernamentales.

Es en virtud de esa asociación general entre el Estado y sus formas y políticas que hasta aquí hemos venido hablando indistintamente del Estado, de las políticas estatales y hasta de los gobiernos. Sin embargo, las reflexiones a que ha dado lugar la evolución del Estado en Colombia señalan desde ahora la necesidad de introducir rigurosamente una categoría intermedia de análisis entre el Estado y sus manifestaciones concretas. Tal es el camino lógico para trascender la conexión hasta ahora prevalente entre los desarrollos concretos del Estado capitalista y los intereses materiales de las clases dominantes.

Por lo pronto hemos llegado a la necesidad de construir ese nivel intermedio de análisis a partir de unas observaciones empíricas propicias para ilustrar las deficiencias del enfoque marxista predominante. Más adelante seguiremos un camino abstracto para llegar a la misma conclusión (Capítulo 2) y para conceptualizar la nueva fase (Capítulo 3) y el sentido general de la intervención estatal dentro de ella (Capítulo 5).

Las consideraciones analíticas surgidas en torno a esta primera paradoja pueden expresarse comparativa y sintéticamente de la siguiente manera:

LUGAR Y MODALIDADES DE INSERCIÓN DEL ESTADO EN LAS RELACIONES SOCIALES CAPITALISTAS

Algunas lecturas marxistas tradicionales

1. El carácter de clase y las modalidades de inserción del Estado están determinados por los agentes de clase que directa o indirectamente controlan el aparato estatal.
2. El carácter de clase y las modalidades de inserción del Estado están determinados por los intereses de las clases dominantes, independientemente de la visibilidad, su influencia o presencia dentro del aparato estatal. En la que puede ser su versión más elaborada, ésta lectura del significado del comportamiento del Estado sostiene que:

Las relaciones sociales
de producción
↓
determinan
↓
el contenido o carácter
de clase del Estado

Puesto que esas relaciones sociales de producción se configuran por fuera del Estado y se expresan en intereses materiales concretos de dominación (o de negación de la dominación), se tiene:

Proposiciones iniciales para una lectura alterna

El Estado interviene en la constitución de las relaciones sociales capitalistas. Por ende:

Capitalismo (o relaciones Estado les capitalistas).

Es decir, Estado y capitalismo se ubican en un mismo nivel, son inconcebibles uno sin el otro. Capitalismo, sin embargo, se refiere a aspectos de las relaciones sociales que no alcanzan a ser cubiertos por nuestro concepto de Estado.

Las fases del capitalismo o fases de la relación entre el capital y el trabajo dan lugar a distintas modalidades de intervención constitutiva del Estado.



... y así sucesivamente.

El tránsito de una modalidad constitutiva a la otra viene acompañado, especialmente cuando el Estado interviene como centro principal de constitución, de tensiones entre las clases y fracciones existentes (y principalmente aquellas que ocupan lugares dominantes) y el Estado. Estas tensiones pueden resolverse en unas

LUGAR Y MODALIDADES DE INSERCIÓN DEL ESTADO EN LAS RELACIONES SOCIALES CAPITALISTAS

Algunas lecturas marxistas
tradicionales

Intereses materiales de clase
(constituidos por fuera
del Estado)

↓
determinan

↓
el contenido o carácter de
clase del Estado

Aunque el Estado disfruta de cierta autonomía frente a las relaciones de clase vigentes, dicha autonomía se restringe a la reorganización de los intereses individuales de las clases según su mayor o menor peso dentro de la globalidad o condensación de relaciones de poder. En consecuencia se tiene:

Variaciones en poder de clase
(originadas por fuera del Estado)

↓
originan

↓
Labor estatal de reorganización de los bloques de clase para la cual el Estado puede asumir distintas *formas* según los grados de desorganización y desequilibrio existentes entre las clases sociales presentes.

Proposiciones iniciales para una
lectura alterna

prácticas políticas transitorias que a su vez pueden coincidir o no con la nueva modalidad constitutiva que se viene introduciendo:

Modalidad constitutiva A... Modalidad constitutiva B



(prácticas políticas transitorias l, m, n, o, etc.).

Lo que significa que el Estado puede adoptar distintas *formas* en un período de transición de una modalidad a otra. Más aún, puesto que aquello que definimos conceptualmente como un período de transición se da en la realidad como un devenir permanente (aunque errático) y dado también que las fases del capitalismo y las modalidades constitutivas de intervención del Estado son abstracciones que revisten distintos matices en la realidad concreta, podemos esperar que a cada modalidad constitutiva del Estado puedan corresponder distintas *formas* de éste.

Nota: Obsérvese cuán estrechamente se ligan en la columna de la izquierda, (1) el lugar y la jerarquía del Estado dentro de las relaciones sociales capitalistas, (2) la flexibilidad del carácter de clase del Estado, (3) el subjetivismo que domina su comportamiento y, (4) la confluencia del esquema en el concepto de forma de Estado que entonces adquiere un significado teórico-político fundamental.

Paralelamente, del lugar y la jerarquía del Estado en la columna de la derecha se desprenden, (1) la inflexibilidad del carácter de clase del Estado, (2) un comportamiento estatal "objetivo" en el sentido de que trasciende a los agentes y a los intereses actuales de las clases y fracciones y, (3) la necesidad de distinguir entre una categoría intermedia que hemos denominado —todavía imprecisamente— "modalidad constitutiva" y las formas del Estado, atribuyendo a las primeras una mayor jerarquía teórico y política que a las segundas.

1.2 Segunda paradoja: las luchas de la clase obrera, a más de tener un carácter político, parecen trascender los conductos tradicionales de la acción política

El distanciamiento entre las políticas estatales y las necesidades de reproducción de las clases dominantes actuales no es la única fuente de paradojas marxistas y de vacíos en los canales del flujo político burgués. El comportamiento de la clase obrera es un manantial paralelo de interrogantes teóricos y de inestabilidad social.

Quizás el rasgo más notorio y más permanente del movimiento obrero en Colombia desde finales de la década de los sesenta lo ha sido su actitud de rechazo a las nuevas vías de transacción obrero-patronal que vienen siendo impuestas por el Estado o practicadas por los patronos. Así, el movimiento obrero ha rechazado y prácticamente ha derrotado los siguientes mecanismos:

— La progresiva restricción del derecho de huelga mediante la ampliación del ámbito del concepto de servicio público y mediante la generalización de la vía del arbitramento obligatorio, ambos mecanismos desarrollados desde la segunda mitad de los años sesenta.

— Las prácticas del contraplego patronal, autorizadas por algunas decisiones jurisprudenciales, en virtud de las cuales ninguna conquista previa nominal o real tiene carácter de irreversible durante la negociación colectiva y especialmente en el momento del laudo arbitral. Naturalmente, son prácticas destinadas a forzar la firma del acuerdo colectivo o la aceptación del laudo y a quebrantar la irreversibilidad de las conquistas reivindicativas anteriores.

— Los proyectos de nuevos códigos de legislación laboral presentados por el gobierno ante el Congreso a mediados de la década del setenta. La columna vertebral de las innovaciones contenidas en estos proyectos consistía en el sometimiento de las alzas salariales al avance de la producción o de la productividad.

— La propuesta de convertir las prestaciones sociales en salario ordinario mediante la introducción de lo que se ha dado en llamar el salario integral. Ha de tenerse en cuenta a este respecto que las presta-

ciones sociales son en Colombia la principal garantía de estabilidad en el empleo y de irreversibilidad de las conquistas salariales.

— Los intentos de institucionalización de una concertación tripartita entre confederaciones sindicales, patronos y Estado destinada a fijar las pautas de las alzas salariales y prestacionales con carácter general para cada rama de la economía y cada región del país. En este caso se trataba de lograr simultáneamente el restablecimiento del vínculo entre directivas sindicales y patronos y el robustecimiento de la capacidad de imposición de las directivas sindicales sobre sus bases.

No es del caso repetir aquí las coyunturas en que se ordenaron o se practicaron tales mecanismos, sus formas particulares de operar o las jornadas obreras más destacadas que los llevaron al desuso. Nos basta afirmar que las iniciativas estatales y patronales daban respuesta al fortalecimiento cuantitativo del movimiento sindical y el avance geométrico de las huelgas y de las conquistas laborales entre los años 1959 y 1965. Desde entonces Estado y patronos comenzaron a concebir herramientas tendientes a estrechar el poderío general del movimiento obrero sindicalizado pero especialmente de su arma más mortífera: el ejercicio de la huelga.

Las circunstancias que conminaron a Estado y patronos a reconquistar el terreno reivindicativo ganado por el movimiento obrero organizado en forma de sindicatos es tema que se tratará más adelante (Capítulo 1). Por el momento debemos observar que las reivindicaciones obreras alcanzadas durante los dos primeros gobiernos del llamado Frente Nacional (1958-1966), giraban sobre ejes tan ordinarios de la vida sindical como lo son el derecho a la asociación obrera a todo nivel con miras a negociar con los patronos las condiciones de venta de la fuerza de trabajo, la fijación del monto real del salario, la estabilidad en el empleo y la defensa del fuero sindical. Nada pues de extraordinario en ellas. Y, sin embargo, el ensanchamiento de estas esferas comunes y corrientes da lugar a la beligerante contraofensiva patronal de la segunda mitad de los años sesenta en adelante y a la radical protección obrera del terreno previamente apropiado.

El desarrollo de ese contexto bélico ocasiona un traslado visible, habiéndose pasado del terreno de lucha sindical ordinaria al campo abiertamente político de la confrontación de poder entre el movimiento obrero,

de un lado, y una coalición cada vez más burda entre Estado y patronos, del otro. Es en este nuevo escenario donde adquieren sentido los fenómenos de los años setenta que desbordan los parámetros de la vida sindical normal, principalmente los siguientes:

— La aparición de mecanismos fundamentalmente informales de reconocimiento selectivo de la representación sindical en cabeza de ciertas asociaciones, con el propósito de dividir el movimiento obrero y de transformar el enfoque de las asociaciones reconocidas;

— La respuesta obrera encaminada a la preservación del ejercicio del poder social alcanzado en años anteriores. Es una respuesta deliberadamente formulada en los esfuerzos pro mantenimiento de la unidad sindical en el nivel de las federaciones y las confederaciones sindicales de alcance nacional. Es también una respuesta implícita en las presiones de las bases en favor de la solidaridad obrera y de su rechazo a los coqueteos del Estado y de los patronos para con ciertos dirigentes o federaciones sindicales;

— Pero, sobre todo, la respuesta de la clase trabajadora se manifiesta indirectamente en las demostraciones cotidianas de la capacidad obrera de imponer al capital y al Estado el respeto para con las reglas anteriores de distribución y ejercicio del poder. Sólo así se entiende el complejo juego de símbolos que viene acompañando a las negociaciones colectivas y que muchas veces ha relegado a un segundo plano la discusión sobre las diferencias salariales y prestacionales. Se trata de saber qué lado iza la bandera de la victoria al final de la confrontación, partiendo de la premisa de que aquel que hubiese mostrado fragilidad interna o inclinación inicial a la transacción será declarado públicamente perdedor. De manera que el propósito de transacción ha sido sustituido por un objetivo polarizado de demostración intimidatoria y la materia reivindicativa se ha expandido a la reivindicación del poder de imposición.

Quizás la mayor y más diáfana relación entre el intento de preservación del terreno conquistado y el ejercicio demostrativo del poder obrero la han constituido los paros generales de carácter regional o nacional de mediados de los años setenta, seguidos en orden de importancia por las jornadas de solidaridad iniciadas en el año 81. En ambos casos el significado de las luchas no se determinaba primordialmente por el

contenido concreto de las reivindicaciones exigidas (que apenas servía de pretexto aglutinador) sino por su expresión de autonomía popular.

— En fin, las ya aludidas tácticas estatales y patronales de supresión del arma de la huelga y de quebrantamiento del fuero sindical, de la estabilidad laboral y de las conquistas prestacionales que parecían irreversibles. Todo esto acompañado de los impulsos constitucionales y legales a un nuevo tipo de sindicalismo que adoptaría las formas corporativistas de la concertación tripartita y que sujetarían nuevamente los obreros a los destinos del capital.

Hay pues una *unidad de objeto* entre las luchas de comienzos de los años sesenta y las que se han venido dando desde el final de aquella década; todavía se lucha por las conquistas de entonces. Lo que significa que *existe una conexión entre esas luchas sindicales ordinarias, que arrebataron al capital una cierta parte del excedente y desarrollaron una cierta forma de combate obrero, y las pugnas más recientes, que vienen llevando a la ruptura de la institucionalidad preexistente y que apuntan a la imposición de nuevas formas de comportamiento sindical o a la negación de las mismas*. El puente entre unas y otras, al que le hemos dado una presentación cronológica a propósito del caso colombiano, es precisamente la fuente de insolutos dilemas dentro de la tradición marxista.

Pero antes de pasar al examen de esos dilemas conviene que hagamos algunas aclaraciones en cuanto al nivel en el cual venimos manejando las observaciones empíricas atinentes al movimiento obrero en Colombia:

(1) El tratamiento homogéneo de las luchas obreras a partir del año 1965 y la unidad que se busca establecer entre éstas y las que se dieron entre 1959 y 1965 no significan que la cobertura, la intensidad, el potencial o las conquistas de las luchas obreras hubiesen permanecido iguales a lo largo del período. De hecho, esta última afirmación sería contraevidente. El movimiento obrero se ha desarrollado en Colombia de manera desigual en el tiempo, en el espacio y en los sujetos que llevan a cabo la lucha. Así, para citar apenas unos ejemplos atinentes al movimiento sindical, en el período que estamos considerando se da un crecimiento relativamente acelerado de la tasa de sindicalización, del número de sindicatos y de la actividad huelguística entre 1959 y 1965

y de allí en adelante estos indicadores tienden a decaer, con excepción de recuperaciones esporádicas que en el caso de las huelgas se concentran en 1968, 1974-77 y, según indicaciones preliminares, 1981.

De la misma manera, los indicadores más conocidos de luchas obreras varían considerablemente de sector a sector y de rama a rama de la economía. De suerte que a lo largo de los setenta se observa un menor impacto cuantitativo del sector manufacturero dentro del total de la actividad huelguística del país y, a la inversa, un avance de ramas del llamado sector servicios, tales como la banca y la educación, dentro del mismo total.

En materia de conquistas reivindicativas, se dieron estadísticamente avances salariales y prestacionales hasta cierto punto de los años sesenta cuando los salarios reales comienzan a decaer casi ininterrumpidamente.

En fin, también son variables los indicadores de la proporción de la actividad sindical total correspondiente a cada federación o confederación obrera. Así, el llamado sindicalismo independiente, la CSTC y la CGT captan a mediados de los setenta la mayor parte del apogeo huelguístico que por entonces se produce, a diferencia de lo que había ocurrido a comienzos de los sesenta, cuando todavía la UTC y la CTC copaban la gran mayoría del activismo sindical.

(2) La *continuidad* que se pretende establecer entre las luchas ocurridas a partir de finales de los años cincuenta se basa en la *permanencia del escenario social* en que ellas ocurren. A lo largo del período encontramos un mismo terreno de lucha, constituido por un cierto género de relación entre capital y trabajo. Esta comunidad de terreno hace que las conquistas y los retrocesos reivindicativos del movimiento obrero se definan alrededor de los mismos objetos y que éstos sigan siendo el corazón del enfrentamiento entre las dos grandes clases. Es, pues, un terreno que, a la manera de los campos de fútbol, tiene una cierta demarcación dentro de la cual las porterías ocupan un lugar preciso y la pelota constituye el objeto máspreciado.

Lo que está en disputa o "l'enjeu", en el vocablo afortunado de los franceses, es siempre la reproducción-no reproducción del capital. Pero en este caso los puntos nodales de la batalla de clases son el nivel salarial

y, sobre todo, la permanencia de ese nivel y la garantía del empleo. El capital se ha visto forzado a volver sobre esas conquistas obreras de los cuatro o cinco lustros anteriores, ha propuesto para enmendarlas los acuerdos de producción y de productividad y el llamado salario integral y ha chocado en sus intentos de recuperación con la barrera de la resistencia obrera organizada en forma de lucha sindical.

(3) La *ruptura* entre lo ocurrido hasta mediados de los años sesenta y lo que vino de allí en adelante se define por *la búsqueda de nuevas armas de lucha*. Desde mediados de los años sesenta el capital ha tomado la iniciativa en el cambio de las reglas de juego. Aunque, según se dijo, ha permanecido fundamentalmente en el mismo terreno, se ha vuelto contra la misma institucionalidad por él aceptada. Al igual que algunos equipos de fútbol, parece haber caído en cuenta, durante el desarrollo del partido, de que había cedido demasiado terreno a su contrincante y recurre a toda suerte de infracciones para recuperar el terreno perdido mientras trata de modificar nuevamente el reglamento. Lo que parecía ser inicialmente una mera lucha de posiciones se ha vuelto el factor crucial para el desenlace final (Capítulo 1), hasta el punto de que el capital, como los malos perdedores, anuncia retirarse definitivamente del escenario para pasar a jugar en un terreno enteramente distinto (Capítulos 2, 3 y 4). La clase obrera, por su parte, resiste la arremetida irreglamentaria y la puesta en duda del reglamento apegándose al juego que ha sabido jugar pero también acomodándose al desorden institucional y hasta anticipando sus futuras armas de lucha en caso de que se diere un desplazamiento de terrenos (1.3. de la Introducción, Capítulos 2 y 7).

El corte, pues, separa dos formas distintas de lucha. La primera, fundamentalmente institucionalizada e institucionalizante, llevada a cabo mediante luchas y transacciones sindicales que arrojaron unos beneficios reivindicativos. La segunda, desarrollada en una etapa de quiebre institucional y en acentuación del mismo, montada en organizaciones anti-transaccionales que reclaman una redefinición político-institucional.

La *continuidad* del terreno de luchas a lo largo del período 1959-81 está ligada al concepto de *fase* de la relación capital-trabajo que comenzamos a bosquejar en el aparte anterior. Es decir, la fase designa y articula ese elemento común que hemos llamado gráficamente escenario o terreno. La *ruptura* o discontinuidad de las armas de lucha re-

mite a distintas tipologías de raíces marxistas elaboradas con el propósito de establecer órdenes jerárquicos entre las modalidades del combate. El examen de la tensión entre *continuidad* y *ruptura* es el objeto de discusión de los párrafos siguientes. Enumerativamente y siguiendo el estilo paradójico de la presentación:

(1) En Colombia, en el curso de los años setenta, hemos presenciado una serie de luchas obreras que difícilmente tacharíamos de meramente reivindicativas. Son numerosos los casos en que los trabajadores han ido más allá de los límites legales e institucionales del sindicato mediante la interrupción violenta de los procesos productivos, la interrupción pacífica de la relación laboral que no está primordialmente destinada a la transacción con el capital o la realización de acciones conjuntas con sectores no sindicalizados de la clase obrera. Así que en Colombia, como en muchos otros países, salta a la vista la distinción entre movimiento obrero y movimiento sindical propiamente dicho. El primero de ellos viene dando unas luchas anticapitalistas, si aceptamos por tales aquellas que rompen la relación actual de subordinación del proletario al capital.

Y, sin embargo, existe una inveterada tradición marxista que restringe el alcance de las luchas obreras al plano simplemente económico o reivindicativo.

Si, excepcionalmente, reconoce a éstas un significado político o revolucionario será solo en la medida en que constituyen un potencial que, una vez incorporado en vehículos que se juzgan revolucionarios, transforman cualitativamente su limitada naturaleza original. Así que, todavía hoy, para una inmensa vertiente marxista las luchas obreras son apenas una materia prima, en sí mismas, de calidad y rango inferior.

Lo paradójico de la situación radica en la existencia de unas luchas que niegan la vigencia del capitalismo y que, sin embargo, por no estar atadas a un proyecto político externo a ellas, deberemos catalogar de simplemente económicas. El puente entre lucha anticapitalista (lucha obrera) y lucha política lo construye esta tradición mediante un proyecto político positivo, distinto a la negación del capital y generalmente condensado en la conquista del aparato estatal. Pero en Colombia ese vínculo es difícil de trazar habida cuenta de la *desproporción* entre el inmenso significado social de las luchas obreras y el reducidísimo al-

cance de los partidos políticos que encarnan el citado proyecto. Las primeras, según se observó anteriormente, han impuesto al capital una serie de reivindicaciones que éste no parece estar en capacidad de tolerar y, además, han producido numerosas situaciones de hecho que han amenazado la prolongación de la relación social fundamental. Los partidos políticos que han formulado proyectos políticos revolucionarios para la clase obrera, por el contrario, tienen un significado social apenas residual si nos atenemos a los indicadores que se desprenden de su propio proyecto político: su representación electoral, su control del aparato estatal en general o su capacidad organizativa propia.

Cabe entonces preguntar si por ventura el vacío político que observamos alrededor de las luchas de la clase obrera no lo es solamente en términos de un proyecto político focalizado en el control del aparato estatal o, en todo caso, externo a las luchas de la clase obrera y a las formas y lugares donde éstas han producido su mayor impacto social.

¿Acaso existe un criterio distinto a la misma negación de las relaciones sociales de dominación para juzgar el carácter revolucionario o no de unas luchas y de los vehículos en que ellas se desarrollan? ¿No hay, entonces, un voluntarismo colosal tras la autoproclamación de un programa revolucionario externo a las luchas obreras? ¿No podemos comenzar a concebir, a partir de experiencias como las que se han dado en Colombia pero también de las que se dan en otros lugares de lucha, un proyecto político o revolucionario indisolublemente ligado al carácter anticapitalista de las luchas obreras? ¿Un proyecto político que avanza mediante la imposición de la voluntad obrera al capital y al Estado, esto es, mediante *formas propias de control social*?

(2) Otras vertientes marxistas rechazan la necesidad de un proyecto político y de una organización revolucionaria externos a la clase obrera para que las luchas de ésta alcancen el clímax de su misión histórica. Según estas vertientes, el partido político y el sindicato obrero son organizaciones que llevan en sí mismas la distinción y el ordenamiento jerárquico de las luchas propios del modo de producción capitalista. Como tales, partido y sindicato son incapaces de transmitir una lucha política autónoma del proletariado. Sindicato y partido implicarían la división de las luchas en económicas y políticas, supeditarían las primeras a las últimas y reflejarían en su composición interna y en su relación mutua la existencia de un trabajo intelectual superior al trabajo manual y separado de éste.

Naturalmente, para estas corrientes no sería difícil reconocer el carácter político y el espíritu revolucionario de las luchas obreras que venimos observando en Colombia. Introduciría no obstante una nueva categorización de las luchas según se lleven a cabo dentro de formas organizativas de raigambre capitalista (como lo serían el partido y el sindicato) o de creación autónoma del proletariado. Lo que quiere decir que el contenido programático externamente definido, que era la garantía del carácter revolucionario de las luchas para las corrientes anteriores, se remplaza ahora por un criterio inherente a la relación capitalista; el voluntarismo es sustituido por una medida objetiva y lo que era un proyecto político positivo se somete a la infalible balanza que sostiene en un platillo a las relaciones sociales capitalistas y en el otro a su negación.

Adviértase además que para esta corriente las formas son entendidas como relaciones sociales constitutivas de un ordenamiento social y no como simples denominaciones ni como esqueletos vacíos de contenido. De manera que, siguiendo las directrices de esta lectura marxista, descubriremos fácilmente en Colombia luchas que, aún libradas bajo el caparazón formal del sindicato o apoyadas en una organización partidista externa, han reunido en una sola cara de la moneda los lados económico y político en que se dividen las relaciones capitalistas. En esta medida estaremos en presencia de luchas anticapitalistas que trascienden el significado social de la organización donde se desarrollan y que interrumpen la dominación del capital y hasta amenazan con extinguirlo. Piénsese si no en los ya citados casos en que las organizaciones sindicales salen de los muros de las fábricas para reunirse con las restantes clases populares en jornadas de paros generales o aquellos en que los trabajadores sindicalizados se niegan a limitar o a orientar su lucha hacia la transacción económica.

Con todo, la dicotomía luchas sometidas-luchas anticapitalistas parece reintroducir por la puerta de atrás la vieja separación entre luchas económicas o reivindicativas y luchas políticas o revolucionarias, sólo que ahora la distinción es completamente interna a las actuaciones de la clase obrera. La nueva topología es estática en el sentido de que únicamente tiene en cuenta las premisas esenciales para la existencia de la relación capital-trabajo, sin preocuparse de las necesidades de uno y otro lado de la contradicción en las distintas modalidades que ésta reviste. En este sentido también es formalista. Por otra parte, es inha-

bilitante en la medida en que desatiende las necesidades específicas de la clase obrera en un período dado. Y por esto mismo conduce a un nuevo género de voluntarismo en la lectura de las luchas obreras puesto que sólo reconocerá como anticapitalistas ciertas manifestaciones esporádicas y espontáneas cuya conexión con las demandas concretas del movimiento obrero y con su situación objetiva en una fase de su desarrollo se considera inexistente o impertinente.

Precisamente el caso colombiano ilustra las limitaciones de esa topología. Allí se dieron a comienzos de la década del sesenta unas luchas aparentemente reivindicativas e institucionalizadas que, sin embargo, después de transcurridos algunos años, mostraron cómo sus frutos representaron una verdadera conquista política hasta el punto de que el capital se siente incapaz de proseguir su marcha bajo tales condiciones de control social obrero (Capítulo 1). Lo que indica que el *carácter anticapitalista de las luchas no depende exclusivamente de las formas bajo las cuales se libran sino también de sus resultados. Cuando éstos logran un alcance intolerable para el capital, dentro de los parámetros actuales de su reproducción, las formas mismas pierden vigor, su efecto constitutivo se suspende transitoriamente y solo les cabe confiar en reconstituirlo (y por ende reconstituirse a sí mismas) bajo nuevas modalidades donde su imperio se restablezca a plenitud.*

Hay, pues, una *relación entre la existencia de la forma* (sindicato y partido en los casos que venimos tratando) *y la vigencia de su efecto constitutivo.* Es una relación cuyos contornos habrá que ir precisando en el futuro. Por el momento nos basta señalar que la mera existencia de esta relación implica la sujeción del criterio de evaluación de las luchas a los parámetros objetivos de cada fase de la relación social capitalista. Dichos parámetros marcan un horizonte de demandas específicas del capital y del trabajo y, en este sentido, unos proyectos de clase propios de cada fase de la relación social. Lo que a su turno significa que se da un vínculo íntimo e indisoluble entre los elementos subjetivos (proyectos de constitución de clase) y los elementos objetivos (parámetros de reproducción del capital/límites de liberación obrera) del análisis (numeral 2.2. de esta Introducción). *Las fases son momentos o modalidades de constitución de las clases sociales que marcan los límites de su reproducción o liberación.*

Desde el punto de vista del proletariado, el proyecto autónomo de constitución de clase tendrá un polo positivo, definido no ya por los

avances reivindicativos concretos sino por la recuperación de todo aquello que es dado reapropiarse socialmente en una fase dada del desarrollo del capital. Esto es, el significado positivo es inseparable de la aniquilación del capital en su extensión actual. Pero hay también un significado positivo adicional en cuanto la lucha anticapitalista corriente, definida por los parámetros actuales de la relación social fundamental: remite a la aparición de un horizonte más global de lucha, este último correspondiente a los nuevos parámetros que las luchas obreras de aniquilación han impuesto al capital como única salida posible (Capítulo 2).

Llegados a este punto estamos en capacidad de formular las preguntas que surgen del paradójico hallazgo de unas luchas obreras a todas luces reformistas, bajo el criterio marxista tradicional, o subordinadas, según las directrices que se desprenden del énfasis en las formas capitalistas, a las cuales, no obstante, les atribuiremos la proeza de haber cercado el desarrollo de una fase del capitalismo en Colombia y de haber promovido indirectamente la ampliación del horizonte programático de control social al alcance de los trabajadores. El interrogante principal ha de versar sobre la posibilidad de articular *en un mismo proyecto político tres planos hasta ahora separados de los objetivos de lucha obrera: las demandas concretas e inmediatas de las clases dominadas, la destrucción de las relaciones capitalistas en las áreas sociales ocupadas por el capital, y la imposición de nuevas relaciones en todas las áreas de la sociedad*. Naturalmente, la expresión proyecto político no significa en este caso la coordinación deliberada entre medios y metas sino el sentido general de las acciones de una clase, sean éstas “conscientes” o no.

¿Es entonces posible combinar las reivindicaciones cotidianas con el poder social? Es necesario distinguir *poder social* de *poder político*, relacionando el primero con la naturaleza global que venimos redescubriendo en las luchas obreras y relegando el segundo al peculio propio de los agentes externos a la clase que en franca oposición al capital, y valiéndose de su contradicción con éste, pretenden guiarla y subordinarla? ¿Cómo se articulan la transitoriedad implícita en el concepto de fase que venimos esbozando y la esperanza a la vez utópica y material de supresión “final” de las relaciones sociales capitalistas? Es posible superar el puritanismo inmovilizante atado al concepto de “formas capitalistas”, manteniendo sin embargo las distinciones esenciales entre vías de acción obrera y vías capitalistas, y entre victorias obreras y vic-

torias capitalistas? ¿Cómo se ligan entonces forma y contenido de las luchas, sustancia inalterable y condiciones históricas de reproducción del capital? Son compatibles la *ruptura* de las luchas cotidianas anticapitalistas, la *transformación* de las modalidades de existencia de la clase capitalista y la clase trabajadora y la *continuidad* de las formas que animan la reproducción del capital? ¿De qué manera diferenciamos la repudiada tesis del avance teleológico hacia el socialismo, basada en la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y restricciones de las formas privadas de apropiación, de los conceptos de expansión y configuración de la clase obrera que comenzamos a vislumbrar como herramientas teóricas alternativas? Dicho de otra manera, acaso podemos derivar, del carácter cada vez más colectivo de la producción, implicaciones para la conformación de la clase obrera y la anticipación de su horizonte de lucha?

Respuestas iniciales a tales interrogantes comienzan a construirse en el Capítulo 2 de este ensayo. Por lo pronto resumamos, nuevamente en forma de paralelo sobresimplificado, el núcleo de consideraciones surgidas en torno a esta segunda paradoja:

NATURALEZA Y ALCANCE DE LAS LUCHAS OBRERAS

Algunas lecturas marxistas previas	Proposiciones iniciales para una lectura alterna
<p>1. “<i>Instrumentalismo de la economía</i>”: el desarrollo económico y/o las luchas económicas de los obreros originarán, de manera gradual o repentina, la transición hacia el socialismo y el socialismo mismo.</p> <p>2. “<i>Instrumentalismo del sujeto-partido</i>”: las luchas obreras, en sí mismas de naturaleza o de alcance económico o reivindicativo, se transforman en luchas revolucionarias conducentes al socialismo cuando se las incorpora en una organización y en un proyecto revolucionarios externos a ellas.</p> <p>3. “<i>El subjetivismo de la clase obrera</i>”: las luchas obreras, en sí mismas de naturaleza anticapitalista, subordinan eventual y repentinamente todas las ataduras de las formas capitalistas e imponen un ordenamiento no-capitalista en todas las áreas de la vida social.</p>	<ul style="list-style-type: none"> — Las luchas obreras, en sí mismas de naturaleza anticapitalista, están limitadas en su alcance por la parcialidad del control capitalista sobre la totalidad social. Sólo se pueden desarrollar luchas anticapitalistas allí donde existen antagónicamente el capital y el trabajo. — Desde el punto de vista obrero, el fruto inmediato de las luchas anticapitalistas cotidianas no es el socialismo sino la expansión de las áreas sociales susceptibles de control obrero. — Siguiendo con el punto de vista obrero, su lucha (por naturaleza anticapitalista) será exitosa cuando resulte en la apropiación obrera de los elementos de control social vigentes en aquellas áreas en que el capital está enfrentado al trabajo. La parcialidad de la dominación específicamente capitalista determina la parcialidad de las victorias anticapitalistas en lo que se refiere a las caras o a los momentos de la vida social. Pero dentro de estas áreas, caras o momentos, las victorias obreras son totales y no meramente económicas. — El carácter <i>totalizante</i> de las luchas obreras en cuanto a su enfrentamiento con el capital, y la <i>parcialidad</i> de su alcance en cuanto a la totalidad social se resuelven en un

NATURALEZA Y ALCANCE DE LAS LUCHAS OBRERAS

Algunas lecturas marxistas previas

Proposiciones iniciales
para una lectura alterna

proyecto obrero de largo plazo en virtud del cual las derrotas transitorias del capital repercuten en una expansión de su cobertura social y, por consiguiente, en una expansión de la clase obrera y de las áreas sociales susceptibles a su control.

- El capitalismo es un modo de producción de vocación totalizante dentro de la sociedad y el socialismo sólo puede erigirse sobre la base de la viabilidad de un proyecto social total. De allí que el proyecto actual de la clase obrera consista en forzar al capital a configurarla como un sujeto colectivo total y a enfrentarse con ella como tal.

1.3. Tercera paradoja: la clase obrera parece confundirse con las demás clases no-dominantes urbanas en lo que se refiere a sus formas y a sus objetivos inmediatos de lucha.

Acabamos de examinar las razones por las cuales las acciones del movimiento obrero en Colombia dan lugar a una serie de interrogantes dentro del marxismo y particularmente del marxismo que entiende la política como escenario cualitativamente distinto al de las luchas proletarias. Si nos hubiésemos detenido a mostrar además la estrechísima relación existente entre ese entendimiento de la política y la constitución burguesa de una instancia política separada, habríamos visto con claridad por qué dichas acciones obreras vienen siendo una fuente adicional de vacíos políticos y de inestabilidad de las formas de Estado en Colombia: entre mayor es el ejercicio de autonomía de la clase obrera, más desnutridos se ven los conductos de la política capitalista.

Pero el tema central de este ensayo no es el análisis de la fragilidad del régimen político colombiano en los últimos lustros sino el de la manera como la dinámica interna e internacional de la relación capital-trabajo repercute en una transformación de la clase obrera y del significado de sus acciones. Así que el examen de la adecuación o inadecuación de las prácticas políticas burguesas imperantes en Colombia, y principalmente del clientelismo, sólo es pertinente en la medida en que éstas se relacionan con las exigencias de la nueva modalidad de la relación capital-trabajo que se busca introducir. Y en este contexto se estudian esas prácticas y la inestabilidad del régimen en el Capítulo 7, donde también se examina la relación entre la autonomía obrera y las luchas de las clases trabajadoras pro-mantenimiento de las libertades burguesas.

Ahora debemos considerar otro género de preguntas ocasionadas por el comportamiento de la clase obrera en los años setenta. No se trata ya de las relaciones entre el movimiento obrero y el binomio sindicato-partido sino de las relaciones entre aquél y las restantes clases no-dominantes urbanas. Son vínculos que ya mencionamos al tratar del desbordamiento de la forma sindicato pero sobre los cuales debemos volver, esta vez con el propósito de revisar las implicaciones del concepto de clase obrera.

Pues bien, es fácil constatar el reciente auge de los llamados paros cívicos en Colombia. A pesar de que no se conocen estadísticas oficia-

les en la materia, algunos estudios y ciertos discursos presidenciales han registrado la magnitud del problema y han ubicado los comienzos de su crecimiento en los primeros años de la década del setenta.

Los llamados paros cívicos o urbanos no son otra cosa que interrupciones de las actividades cotidianas de una población grande o pequeña, llevadas a cabo por sectores de las clases populares y prima facie destinadas a conseguir el mejoramiento de las condiciones de vida ciudadana provistas por el Estado. Puesto que no existe una canalización legal de los mismos, constituyen de por sí una mina de protesta popular cuya extensión, duración, conexiones, implicaciones y formas concretas de acción varían de caso a caso como también son muy diferentes las reacciones del Estado frente a ellos.

Indudablemente, es necesario desmembrar estos movimientos para establecer su carácter más o menos anticapitalista, de acuerdo con los criterios que comenzábamos a delinear en el aparte anterior a propósito del movimiento obrero. Pero, cualquiera sea nuestro diagnóstico sobre los distintos tipos de paros cívicos, hemos de confrontar la circunstancia de que *a lo largo de los años setenta se hace notorio un acercamiento entre el movimiento obrero y el movimiento urbano*, apenas comparable formalmente con desarrollos similares ocurridos en los años veinte pero seguramente con orígenes sociales diferentes a éstos. Naturalmente es un acercamiento más evidente en las movilizaciones urbanas de las grandes ciudades y prácticamente inexistente en las pequeñas poblaciones que virtualmente no cuentan con una clase obrera. Pero allí donde se da, se manifiesta en una cierta disolución del movimiento obrero en un movimiento de mayor envergadura social que puede haber sido iniciado antes o después de la lucha sindical concreta.

Es una *disolución* que saca al movimiento obrero de los límites de la empresa, que lo lleva a incorporar sus objetivos inmediatos dentro de las reivindicaciones del movimiento global o en todo caso articularlos a ellas, que lo hace trascender sus vías y sus organizaciones de lucha y que le da una nueva dimensión colectiva a su constitución interna y a la representación de su contradictor. Y aunque esta dimensión colectiva se refiere a las áreas de vida social y no al número de participantes en el movimiento ni a su extensión geográfica, es muy posible que adquiera un carácter nacional, tal como ocurrió en las grandes urbes en septiembre del año 77, debido a que el Estado central se ha vuelto un factor de homogeneización de condiciones de vida.

La perplejidad ocasionada por este fenómeno, cuando se lo mira a la luz de las algunas lecturas marxistas tradicionales, no es menor a la encontrada en los casos anteriores. Y tampoco es coincidencial que los diseños de una lectura alternativa del mismo se reúnan con aquellos en la búsqueda de un tronco común que estaría configurado por las fuerzas de transformación de la relación capital-trabajo y por las modalidades de ésta en su nueva etapa. Veamos:

(1) Las fuerzas que apuntan hacia la integración de las luchas obreras y de las luchas urbanas derrotan las doctrinas burguesas que desde finales de los años sesenta han venido tachando a la clase obrera sindicalizada en Colombia de casta privilegiada y han llamado a los estratos más pobres de la población a contrarrestar el poder del trabajador estable so-pretexto de arrebatarle sus desproporcionados privilegios sociales. Sin duda el fariseísmo burgués ha alcanzado en este llamamiento una de sus más burdas expresiones. Como también una de sus expresiones más generalizadas, por cuanto el redescubrimiento de la pobreza y de la mala distribución del ingreso es uno de los temas dominantes en las doctrinas socioeconómicas de los años setenta, bajo denominaciones tan ambiguas como “necesidades básicas”, “desarrollo integrado” o “participación popular”, según se verá en el Capítulo 6 de este trabajo.

Pero esas mismas fuerzas sorprenden también a las proposiciones que, reclamándose del marxismo, han restringido el concepto de clase obrera a la cobertura de ésta en un momento dado; y a partir de esta restricción empírica han dogmatizado su contenido. Es una restricción que opera mediante la reducción del alcance del concepto clase obrera a aquellas áreas donde se ha dado tradicionalmente un enfrentamiento directo entre el capital y el trabajo, áreas que generalmente han coincidido con las actividades sociales desarrolladas bajo la forma salario y a las cuales se les imputa usualmente la naturaleza especial de actividades “económicas”. Como consecuencia de esta reducción, el concepto de clase obrera se ha convertido en una circunscripción estática y su proyecto histórico se ha encerrado en ciertas áreas de la vida social con exclusión de otras; la sociedad se ha minimizado al polo económico o, en todo caso, se ha subordinado a éste, y la economía ha sido simultáneamente estancada en su contenido y magnificado en su importancia en cuanto elemento constitutivo de clase y foco principalísimo de la lucha de clases.

Los fundamentos teóricos de todo ese reduccionismo social tienen que ver con los usos y abusos del concepto "trabajo productivo", con el entendimiento del papel determinante de la economía o relación base-superestructura y, sobre todo, con la naturalización de aquella relación social mercantil que hace de la llamada economía un conjunto de relaciones distinto e independiente de las demás (numeral 1.2. de esta Introducción).

Los orígenes sociales del problema parecen remontarse a la necesidad de afirmar la existencia plena o desarrollada de una clase obrera allí donde los trabajadores enfrentados directamente al capital eran no sólo una minoría cuantitativa dentro de la sociedad sino que además abarcaban apenas unas pocas caras de la vida social. Se trataba entonces de subordinar los presupuestos teóricos, que exigían un cierto desarrollo social antes de lanzarse a un proyecto totalizante de la clase obrera, a la necesidad política coyuntural de afirmar la existencia de "condiciones revolucionarias". Y es bien sabido que ese subdesarrollo de la clase obrera, que es la otra cara del subdesarrollo del capital, fue compensado mediante la sustitución de la clase por el partido de vanguardia y mediante la coordinación estatal de las fases de desarrollo de las fuerzas productivas "que el capitalismo no había realizado". Al dar por concluido el proceso de creación de "condiciones revolucionarias" se daba también por terminado el proceso de construcción de la clase obrera.

Obviamente, estas observaciones nos retrotraen al tema del desarrollo de la clase obrera y, por este camino, al tema del proyecto social propio de esta clase, definido en contradicción con el proyecto capitalista. Pero ahora debemos enfocarlos desde el punto de vista de las implicaciones que aquel concepto estático de clase obrera tuvo en cuanto produjo un nuevo ordenamiento jerárquico de las luchas sociales. Diáfaramente en el trostkismo, generalmente aceptado en lo que la tradición ha decantado y dogmatizado como el pensamiento leninista y reconocible en las prácticas stalinistas desde finales de la década del veinte, se encuentra el principio de la prioridad de la clase obrera y de sus luchas en el desarrollo del proyecto anticapitalista. Y aunque en algunos casos se trataba de una clase obrera definida de acuerdo con los conceptos fundamentales del marxismo, su contenido se fijó y se compartimentalizó en contraposición a otros sectores de las clases dominadas o, en general, a las restantes clases no-dominantes. Así vino a dis-

tinguirse la clase obrera del campesinado y de la pequeña burguesía. Así también se llegó a identificar irremediable y definitivamente clase obrera con asalariado y a suponer que todas las personas económicamente dependientes del asalariado eran, conjuntamente con éste y en la misma medida, clase obrera.

De suerte que cuando hoy observamos, como en el caso colombiano, una cierta disolución de las reivindicaciones sindicales en reivindicaciones sociales de más amplia extensión, hay quienes se preguntan atónitos si las mismas clases populares están traicionando la prioridad debida a las luchas estrictamente obreras o, peor aún, si con sus acciones no estarán aceptando la propuesta burguesa de redistribuir los privilegios sindicales entre todas las clases populares.

Alternativamente, partiríamos de la premisa de que la clase obrera no se ha desarrollado plenamente; relacionaríamos su proceso de formación con la dinámica de sus luchas actuales contra el capital; entenderíamos la expansión de sus luchas como fruto de la ampliación de sus bases materiales de existencia y encontraríamos en las nuevas luchas coaligadas las incipientes expresiones de la nueva escala del sujeto colectivo obrero.

Nuestra agenda investigativa consistiría entonces en descubrir el circuito hasta ahora invisible que liga las condiciones materiales iniciales de existencia de la clase obrera con la manera como ésta pone en jaque al capital en sus limitados dominios actuales, de allí a la iniciativa capitalista de respuesta a las luchas obreras la cual, cuando repercute en una expansión del sujeto obrero y no en una división del mismo en sus modalidades actuales, da lugar a su vez a nuevas y más amplias condiciones materiales de existencia de la clase obrera. Lo que era la premisa de las lecturas marxistas anteriores se vuelve ahora el objeto de estudio.

Así diríamos, volviendo sobre los desarrollos del movimiento obrero en Colombia y anticipando algunas de las tesis que elaboraremos más adelante, particularmente en el Capítulo 6, que los casos de confusión entre luchas obreras y luchas urbanas que hemos venido presenciando son *las primeras expresiones de una clase obrera que comienza a trascender los límites de la fábrica*. Clase obrera que se distingue específicamente de la de la fase anterior en *la homogeneización más intensa y más*

extensa de la fuerza de trabajo dentro y fuera de las actividades que anteriormente juzgábamos "económicas". Es una homogeneización cuyo artífice principal es el Estado y que al uniformar y extender la clase obrera ocasiona una elevada movilidad y una considerable intercambiabilidad de los trabajadores entre las actividades económicas, las actividades de reproducción de la fuerza de trabajo y las pequeñas unidades productivas donde no prevalecen las relaciones salariales. En este sentido se trata de una nueva etapa de la relación capital-trabajo, de una nueva etapa de la clase obrera, de lo que hemos venido llamando una nueva fase del capital.

Aunque más adelante (Capítulo 6) volveremos sobre los síntomas y sobre el sentido de esta estrategia capitalista de homogeneización, universalización e intercambiabilidad de la fuerza de trabajo, es conveniente mencionar aquí sus principales manifestaciones con el propósito de ilustrar la conexión entre esta estrategia y la ampliación de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera. Así:

— Desde la mitad de los años sesenta, gobierno y patronos han venido censurando los privilegios de la clase obrera sindicalizada, la han hecho responsable de la inflación y el desempleo y han formulado programas de rotación de la fuerza de trabajo y de redistribución del ingreso entre empleados, desempleados y subempleados. Estos programas han venido acompañados de intentos de dar vocería y representación a grupos de subempleados y desempleados y aún a segmentos de la población que no participan del mercado de trabajo. En tales oportunidades el objetivo ha sido promover el acercamiento entre los niveles de vida y las posiciones ocupacionales de estos grupos y sus correspondientes en los trabajadores sindicalizados mediante una confrontación entre unos y otros orientada hacia la redistribución del ingreso que llega a las clases trabajadoras.

— Proyectos oficiales y particulares encaminados a elevar la productividad de los trabajadores independientes y a vincular su producción a las necesidades de los sectores monopolistas de la economía.

— Programas de reestructuración de la familia y de lanzamiento de la mujer al mercado.

— Investigación minuciosa de las formas de vida y reproducción de las clases desposeídas, incluyendo sus tiempos libres y sus alternativas productivas dentro y fuera de la casa.

— Novedosos desarrollos del trabajo a destajo, el trabajo a domicilio y el “putting-out system”, particularmente en las ramas de imprenta y confecciones.

— Reorganización y ampliación de las zonas francas, dentro de las cuales imperarán normas laborales de excepción.

Son sin duda, los síntomas de una ambiciosa estrategia capitalista (no necesariamente consciente) que, de ser implementada a plenitud, acabaría por poner fin a las escisiones reinantes entre lugar de producción y lugar de reproducción y entre proletariado activo y ejército de reserva, cuando menos en sus formas actuales. Y con la finalización de estas formas terminaría también la fortaleza obrera en su restringida forma sindical actual.

(2) Ahora bien, la lectura que venimos haciendo de los nuevos eventos de clase de los últimos años en Colombia no sólo pone en entredicho el concepto tradicional de clase obrera sino que también lleva a cuestionar algunas de las premisas implícitas sobre las cuales se había erigido el concepto más impreciso de alianza de clases.

En primer lugar, por cuanto el concepto de alianza de clases daba por sentadas, cuando menos en la práctica, la existencia y permanencia de límites más o menos precisos entre las clases sociales. Y este supuesto es inconsistente con nuestras observaciones sobre el desvanecimiento de fronteras entre lugares de producción y reproducción, entre trabajadores de ocupación estable y trabajadores de empleo inestable o simplemente desocupados, entre trabajadores asalariados y no asalariados y, en el límite, entre las distintas clases, capas y fracciones no dominantes.

Recordemos además que, a partir de unas condiciones materiales de existencia de clase dadas como fijas, y a partir también de los intereses inmediatos que de ellas se desprendían, dichas clases se trababan en un proceso de regateo en el cual cada clase cedía a las demás y obtenía de éstos ciertas concesiones que en el fondo determinaban las formas de existencia actual y el futuro mismo de las clases. Lo que significa que desde un cierto momento, generalmente coincidente con “la aparición de condiciones revolucionarias”, las clases populares controlaban libremente su propio desarrollo y lo hacían independientemente

de las relaciones capitalistas puesto que éstas se hallaban ya camino de la tumba.

El libre albedrío frente a un proyecto positivo de organización social; la capacidad de autotransformarse y hasta autoaniquilarse como clase, independientemente de la existencia de relaciones de dominación; la separación entre la conciencia previsoras de la clase y las estructuras inherentes a su constitución interna actual, eran elementos voluntaristas y racionalistas presentes en mayor o menor grado en el concepto de alianza de clases.

Por el contrario, las observaciones que hemos rescatado a propósito de la clase obrera en Colombia indican la combinación íntima de elementos objetivos y subjetivos en la elaboración de un indisoluble (pero variable) tejido de clase. La progresiva aproximación del proletariado tradicional a las restantes clases y capas populares urbanas sería el fruto de la secuencia conceptual *acciones (subjetivas)-transformaciones (objetivas) de la existencia de clase* y su comportamiento conjunto estaría anunciando la siguiente fase de la iniciativa obrera. El tránsito de la clase en sí a la clase para sí, para emplear la vulgarizada y distorsionada terminología de Lukacs, no estaría dado por la acumulación de factores subjetivos sino por el desarrollo de una clase que ya es anticapitalista y revolucionaria vis à vis la totalidad social. Es innecesario o irrealizable pretender adecuar los elementos subjetivos a los objetivos por cuanto unos y otros tienen una existencia indiferenciable. El proyecto latente de la clase obrera consiste en transformar su existencia total frente al capital presente en una existencia total frente a la sociedad.

**ELEMENTOS INTERNOS Y PROCESO DE CONSTITUCION
DE LA CLASE OBRERA**

El denominador común de algunas lecturas anteriores

- La clase obrera está constituida por una agregación de elementos objetivos y subjetivos. Los elementos objetivos consisten en las condiciones materiales que subordinan la fuerza de trabajo al capital y, principalmente, las condiciones económicas de esta subordinación.
Los elementos subjetivos provienen en mayor o menor grado de fuentes exógenas a las condiciones materiales y, asimismo, varían con independencia de éstas.
- El proceso de constitución de la clase obrera en clase revolucionaria consiste entonces en la agregación de un factor de conciencia o de voluntad a su existencia material actual.
- El proyecto revolucionario ha de dar prioridad a la clase obrera actual o clase obrera estrechamente definida (en contraposición con las demás clases no-dominantes).

Proposiciones iniciales para una lectura alterna

- La clase obrera es un proceso de enfrentamiento total con el capital actual y un proyecto de ampliación de sus límites a la totalidad social. Hemos denominado fases a las distintas modalidades de ese enfrentamiento.
- Enfrentamientos y transformaciones tienen un carácter total en cuanto comprenden todas las esferas en que el trabajador existe como proletario y el haber social como capital. Tienen también un carácter total en cuanto están indisolublemente compuestos por todos los elementos objetivos y subjetivos que definen la configuración de la relación capital-trabajo en un momento dado. De allí que sea impropio hablar de las "relaciones económicas" en general. Existen, sí, unos aspectos de las relaciones sociales que el capital separa como exclusivamente económicos y cuyos contornos se estiran o se encogen según la fase de la relación capital-trabajo.
De la misma manera, es impropio seguir distinguiendo lo objetivo y lo subjetivo, cuando menos de la manera como los separa y los contrapone el racionalismo capitalista.
- Proyecto y proceso revolucionario son inseparables. Ambos consisten en la trayectoria de formación ampliada de la clase obrera en y mediante su enfrentamiento antagónico con el capital.

A manera de conclusión: la evolución de las relaciones sociales en Colombia en la década del setenta *se presta* para ilustrar algunos de los principales *interrogantes internos del marxismo* en la época *actual*. Como corolario, toda lectura marxista de esa evolución concreta deberá tomar posición respecto de esos interrogantes, bien sea explícita o implícitamente.

Desmembremos brevemente la conclusión anterior. En primer lugar, los desarrollos ocurridos en Colombia se prestan para traer a la mente esos cuestionamientos por cuanto las relaciones sociales han entrado allí en una etapa de replanteamiento que parecería seguir un curso a la vez predeterminado y ajeno a las previsiones y acciones conscientes de los agentes de clase, ya se trate de la clase obrera, del Estado o de los voceros directos del capital. Con lo cual estamos diciendo que los principales interrogantes internos del marxismo tienen que ver: (a) con las leyes que regulan la reproducción del capital y sientan las bases para la existencia del movimiento obrero; (b) con las fuentes de determinación de la historia y particularmente con las relaciones existencia-conciencia y economía-superestructura.

En segundo lugar, se trata de interrogantes formulados a partir de la premisa fundamental del marxismo; sin poner en duda su vigencia. Así, se ha partido del supuesto de que la historia la escriben constantemente las clases sociales en su antagonismo y sujetas a las condiciones concretas de su existencia. La historia es la manera concreta como se resuelven las posibilidades de existencia de clase bajo esas limitaciones y dentro de ese antagonismo. Pero de aquí en adelante es necesario cuestionar los conceptos que las distintas tradiciones marxistas han venido decantando y especialmente los que se refieren a las clases sociales en cuanto a los parámetros de su existencia y a las modalidades concretas adoptadas por ésta.

Finalmente, se trata de interrogantes que a pesar de haber estado presentes desde los escritos de Marx y Engels, han cobrado singular actualidad en los últimos lustros, hasta el punto de que en su conjunto han pasado a constituir el patrimonio de la mal llamada "crisis del marxismo".

2. Interrogantes marxistas e implicaciones del concepto “forma”

La expresión “crisis del marxismo” es equívoca. A veces se basa en una lectura profética de Marx, cuyas previsiones concretas no habrían sido comprobadas con el paso de los años. Otras identifican esas previsiones concretas con los desarrollos ocurridos en las llamadas repúblicas socialistas, a los que a su vez comparan desfavorablemente con alguna medida absoluta de bienestar o humanismo para así tachar la utopía marxista de inferior o insatisfactoria, cuando no de absolutista. Hay quienes dictaminan la crisis a partir de ciertos síntomas de apatía revolucionaria observados en la clase obrera y especialmente en la clase obrera de los países más avanzados. En este último caso se tiende a identificar el comportamiento obrero observado con las previsiones de las doctrinas y de las organizaciones políticas que se separan del marxismo. Finalmente, algunos atribuyen la crisis del marxismo a su imprevisión de las luchas más visibles de los años recientes, en la medida en que éstas, no obstante su contenido anticapitalista, serían producidas por agentes distintos a la clase obrera a los que uniría un común denominador exógeno a la relación misma de explotación como lo serían la discriminación racial, la opresión de la mujer o la rebeldía estudiantil.

Salta a la vista que todas estas versiones de la crisis del marxismo parten de una lectura que reduce el alcance de éste al contenido concreto de las relaciones sociales. Y, naturalmente, cuando se mira con esos ojos empiristas, el marxismo aparecerá, según las preferencias, más o menos realizado o más o menos frustrado. Desde este punto de vista, bastaría un simple ejercicio metodológico para refutar la idea de la crisis.

Sin embargo, la dificultad deja de ser simplemente metodológica a partir del momento en que las mismas prácticas que se reclaman del marxismo introducen una absolutización del significado social de los contenidos.

De allí en adelante los contenidos concretos cobran vida propia, son fetichizados en cuanto se les atribuye un significado social independiente del contexto social que los produce. Y, en consecuencia, lo que parecía una crítica meramente externa al marxismo, basada en una vulgar concepción del conocimiento, penetra sus tejidos y desde dentro carcome su vigor crítico. Desde entonces la crisis adquiere un carácter interno.

Así ocurre, por lo general, cuando se busca hacer del marxismo una doctrina que naturaliza y justifica las relaciones existentes. En tales casos se hace necesario reducirlo a contenidos para otorgar a éstos un significado positivo. Y esto es precisamente lo que ha venido sucediendo, ya se trate de organizaciones, revoluciones, clases revolucionarias o procesos de transición, cuando su significado ha sido definido por la presencia o la voluntad de los sujetos y no por el contexto social que los constituye y les da sentido. De manera que empirismo, subjetivismo y voluntarismo parecen ir de la mano en este camino de debilitamiento de la actualidad y de vigor críticos del marxismo.

De allí que la recuperación de ese poder crítico y que la superación de la llamada crisis del marxismo tengan que pasar por el regreso al análisis global de las relaciones sociales, dando sentido a éstas mediante su inserción en el conjunto y buscando establecer los distintivos paramétricos que imprimen con un cierto sello todo aquello que cae dentro de su rango. Este es el sendero teórico que, inspirándose en los trabajos de Marx, comenzaron a recorrer hace pocos años L. Althusser y sus compañeros y, después de ellos pero con un potencial crítico inmensamente superior, los autores que han venido reviviendo el alcance del concepto de "forma" en Marx.

Con todo, es un sendero que apenas comienza a recorrerse. Tan solo hemos llegado a la alborada de lo que Kuhn llamaría un nuevo paradigma científico. Los conceptos, cuando existen, son todavía titubeantes. La ruptura con el paradigma leninista apenas comienza a producirse. Por ello, lo más indicado en este momento es ilustrar su pertinencia, sugerir sus relaciones y elaborar un inventario detallado de los problemas e interrogantes abiertos. Esto es lo que pretendemos hacer parcial y esquemáticamente a continuación, manteniéndonos siempre dentro de los límites del marco de referencia que comenzamos a trazarnos en el numeral anterior de esta introducción.

Por último, insistimos en que se trata de una sustitución de paradigmas *dentro* del marxismo. Y ello en un triple sentido. En primer lugar, por cuanto, como se dijo anteriormente, se reitera y aún se robustece la idea de que las clases hacen la historia dentro de sus limitaciones materiales. En segundo lugar, por cuanto el concepto de forma que va a servir de eje a esta discusión encuentra en Marx amplísimos desarrollos de la riqueza virginal hegeliana del concepto. En tercer lugar, por-

que se reconoce en ciertos escritos de Marx la crítica más fundamental de las relaciones capitalistas hasta ahora elaborada y se explica por ello la permanente actualidad del marxismo en tanto perduren estas relaciones.

2.1. Viejas rupturas y nuevos horizontes trazados por el regreso al concepto de forma

Apenas comienza a efectuarse el balance del legado althusseriano. Y aunque seguramente la identificación de activos y pasivos de esta escuela tomará varios de los años venideros, se ha decantado ya una primera conclusión que comienza a hacerse indiscutible: los althusserianos observaron con justicia los problemas pero apenas arañaron sus fuentes. Les faltó energía para confrontar sus propias prácticas políticas y para diagnosticar certeramente la enfermedad; atacaron los fundamentos de la tradición leninista pero se atemorizaron ante la empresa de poner abiertamente a Lenin sobre los pies reduciendo su dogmatización a las proporciones transitorias de una coyuntura revolucionaria. Por ello, el balance que comienza a sacarse es el de un legado incompleto: a los althusserianos les faltó producir la ruptura reclamada por la historia.

Recordemos que la espina dorsal de las innovaciones althusserianas consistió en un reordenamiento de las determinaciones sociales. Allí donde sólo reinaba soberanamente la economía, introdujeron una compleja red de interacciones y autonomías relativas entre economía, política e ideología, finamente tejida en el marco de los conceptos claves de dominación, sobredeterminación y determinación en última instancia. Poco importa hoy en día que los contornos de algunos de esos conceptos hubiesen permanecido imprecisos; el aporte rescatable es la blasfemia althusseriana contra la diosa economía.

Recordemos también que en la mayor parte de la tradición marxista la omnipotencia de la economía se interrumpía en un momento dado para dar paso a la soberanía del sujeto revolucionario que entonces entraba a controlar a voluntad el proceso social. En este sentido, economicismo y voluntarismo eran dos caras de la misma moneda: la una marduraba las contradicciones y la otra les asestaba el golpe de gracia. Y los althusserianos detectaron y denunciaron también el contubernio íntimo de economía y voluntad e intentaron poner en su lugar la efigie

de la determinación estructural del comportamiento de clase. Ciertamente, esta sustitución de imágenes terminaba por eliminar o hacer inocuas las acciones de las clases que, en el mejor de los casos, sólo podían ser reintroducidas de manera espuria e inconsistente en el panorama global de las determinaciones sociales. Pero la denuncia althusseriana del voluntarismo había recorrido los primeros metros de un viaje largamente esperado.

Hoy en día comenzamos a ver con claridad la fuente teórica de las limitaciones althusserianas. Permanecieron prisioneros de los párrafos de Marx que aluden metafóricamente a una relación de determinación que iría de la base o economía a la superestructura social. Pero dentro de ella los althusserianos llegaron hasta donde se podía. Hicieron flexible esa determinación; la estiraron para darle vida a la política y a la ideología y se lanzaron sin ambages a la ardua empresa de construir una teoría de éstas comparable a la avanzada supuestamente por Marx respecto de la economía.

Rindiendo pleitesía a la metáfora base-superestructura no podían ir más allá del paradigma leninista, en sí mismo una combinación entre desarrollo económico y voluntad política. Por ello permanecieron atados a la concepción leninista de la organización revolucionaria y sólo a partir de su propia inserción en las luchas comenzaron a arañar tímidamente las manifestaciones externas de las raíces capitalistas del partido político enseñado por Lenin. Balbuceantemente escarbaron el contenido estático impreso en el concepto dominante de clase social y con cierto retraso se acercaron a la crítica de la dictadura del proletariado en cuanto proceso de transición al socialismo. Pero, quizás lo más importante, su insistencia en unas relaciones específicamente políticas, claramente distinguibles de las demás, les impidió ver el significado anticapitalista de las luchas de su época y les llevó a reiterar unos contenidos y unas formas de lucha difícilmente diferenciables del terreno político en el que actúan y en el que ganan sentido las relaciones políticas burguesas.

Por todo eso, los autores estrictamente althusserianos permanecieron inferiores a los interrogantes de su época. Algunos de ellos, sin embargo, y otros que no provienen de la genealogía althusseriana, han venido rompiendo desde distintos ángulos con el marxismo de contenidos fijos y con el ineludible mecanicismo implícito en la metáfora base-

superestructura. Sus trabajos apuntan al descubrimiento de fuerzas constitutivas de clases o relaciones sociales independientes de la voluntad de los agentes pero sujeta en su existencia y modalidades a los vaivenes de la lucha de clases. Productora y a su vez producto de las luchas, estas fuerzas no estarían por encima o por debajo de ellas sino que demarcarían su plano, su objeto y su horizonte. No serían fuerzas meramente económicas sino relaciones sociales globales en cuanto su sola existencia implica ya un cierto ordenamiento social a todo nivel e incluso la configuración misma de la economía y la política como niveles separados.

Tales fuerzas son formas o matrices históricas dentro de las cuales caben distintas combinaciones y manifestaciones de elementos concretos, todos los cuales reciben el orden y el sentido de conjunto impuestos por la matriz. Ya Marx había descubierto en la mercancía y en el dinero ejemplos de tales matrices, cruciales en cuanto esenciales ambos a la existencia del capitalismo. Respecto de la primera había advertido de qué manera la calidad de mercancía hacia del objeto de intercambio un ente autónomo, con sus reglas y relaciones propias y con independencia de la materia o sustancia misma del objeto. En este sentido la calidad de mercancía fetichiza al objeto y la fetichización tiene un efecto real. La forma mercancía, como la forma dinero, producen efectos, son constitutivas de relaciones sociales.

Las implicaciones del concepto forma son vastísimas y apenas si comienzan a ser exploradas. Veamos algunos ejemplos para ilustrar las inmensas posibilidades que abren con relación al tema que nos ocupa. No se pretende aquí seguir rigurosamente la derivación genética de cada una de las formas que se van a mencionar ni de agotar sus implicaciones. Se trata apenas de sugerir por qué la revitalización de estos conceptos rompen las premisas de una tradición marxista.

(1) La forma sujeto o forma ciudadano, ella misma esencial a la forma mercancía e inseparable de ésta, constituye a los propietarios de mercancías quienes, en condiciones universales de igualdad, disponen de su patrimonio en el mercado. Una de sus principales implicaciones consiste en mostrar de qué manera el Derecho interviene indispensablemente en la creación de la relación mercantil o, a la inversa, de qué manera la relación mercantil supone la equivalencia, la reciprocidad, la impersonalidad y la generalidad que definen al derecho capitalista

En cuanto reunidos indisolublemente en la circulación de mercancías, derecho y economía son inseparables, pertenecen a un tronco común; pero una vez que existe la mercancía ésta cobra vida independiente del sujeto propietario y comienza a actuar en el mundo separado de la economía.

(2) De donde vemos la manera como las relaciones mercantiles constituyen la economía y la política en dos esferas separadas, lo que da lugar a pensar que *las luchas contra la venta de la fuerza de trabajo o luchas contra la forma mercancía del trabajo atacan también, ineludiblemente, la separación entre economía y política*. Y, como corolario, *que las luchas obreras que interrumpen o eliminan la venta de la fuerza de trabajo apuntan a un proyecto político o, mejor, a un ordenamiento social distinto al estructurado por la separación actual entre economía y política*, ordenamiento en el que "la política" encierra un terreno diferente al que le atribuimos hoy en día (aparte 1 de esta introducción: Capítulo 2).

(3) Lo que a su vez lleva a pensar en que el contenido de la forma política y especialmente del Estado, al definirse independientemente de lo que ocurre en la esfera de las mercancías, pero manteniendo siempre a éstas como referente en la medida en que su tarea se define por la constitución de las condiciones de circulación mercantil, reduce el rango de las posibilidades de la política al estrechísimo marco de creación y reproducción de la forma mercancía. Hasta ahora no habíamos sido conscientes de que economía y política son dos pequeños círculos concéntricos que operan como un círculo vicioso. En la economía reinan unos objetos con vida propia que son relaciones sociales en sí mismas e imponen una cierta estructuración a la sociedad; en la política, y especialmente en el Estado, se crean y recrean las condiciones de existencia de esas relaciones sociales. Ni economía ni política son cajones que podamos llenar con cualquier contenido; una vez que aceptamos su separación aceptamos también su coexistencia y al hacerlo aceptamos el encadenamiento de la sociedad a las reglas de juego de las sociedades de apropiación mercantiles. Unas reglas tan tiránicas y tan omnipresentes que su penetración en cada momento social nos hace verlas como naturales.

(4) El examen de la manera como la forma mercancía disecciona la sociedad en economía y política nos lleva además a pensar que los con-

tornos mismos de la economía son variables puesto que ella sólo existe a partir del momento en que existe la mercancía y el alcance social de ésta varía de época a época. Este será un tema de singular importancia en el Capítulo 2 de este trabajo, donde examinaremos *las relaciones entre la extensión de la forma mercancía y el desarrollo de la clase obrera y entre fases del capital y límites de la economía*.

En igual sentido, el hallazgo del íntimo contubernio entre política y economía afecta adicionalmente los límites de ésta por cuanto sus crisis o interrupciones pasan a ser crisis de funcionamiento del circuito mercantil, es decir, incapacidades de la esfera política para reconstituir las condiciones necesarias para la existencia de la mercancía. Las crisis son a la vez económicas y políticas; amenazas de interrupción o interrupciones actuales de las relaciones capitalistas consideradas de conjunto, las crisis operan mediante la reunión de política y economía, borrando los límites entre ellas. (Capítulo 1).

(5) La forma mercancía también constituye una matriz de pensamiento. No viene al caso recordar aquí las exposiciones de Marx sobre la manera como la mercancía implica una abstracción real; tampoco podemos detenernos a precisar el lugar de la abstracción real en el edificio marxista. Uno y otro campo vienen siendo redescubiertos y elaborados rigurosamente en recientes trabajos sobre la forma valor y la forma dinero.

Sí nos corresponde, por el contrario, traer a colación el gigantesco paso avanzado contemporáneamente por Sohn Rethel cuando muestra que aquella abstracción real origina a su turno una abstracción conceptual, un estilo de pensamiento separado del uso y del trabajo manual y socialmente de rango y condición superior a éstos. Sohn Rethel ha mostrado entonces de qué manera las formas de pensamiento guardan relación con la matriz social de la época al descubrir en la mercancía la fuente última de la existencia del trabajo intelectual y abstracto y por ende de la separación jerárquica entre trabajo manual y trabajo intelectual. Los aportes de la forma pensamiento nos llevan a pensar que *la separación entre vanguardia intelectual, partido político y lucha revolucionaria, de un lado, y masas obreras, sindicatos y luchas económicas, del otro, está marcada doble y congénitamente por gérmenes de las relaciones mercantiles: primero en cuanto separación de economía política y segundo en cuanto reproducción de la jerarquía trabajador intelectual-trabajador manual*.

En este sentido se comienza a hablar de la forma partido, de la forma sindicato y de la relación de separación que ordena a uno y a otro según un cierto rango y condición, como otras tantas matrices constitutivas de dominación que escapan a la voluntad de los agentes. Asimismo, advertimos que estas matrices debieran verse amenazadas cuando la clase obrera se niega a vender su fuerza de trabajo o, en general, cuando se da una reapropiación colectiva de la organización social que pone fin a las relaciones de compra venta. Y nos corresponde entonces detectar las vías y el contenido de tales amenazas. (Capítulo 7).

(6) En fin, existe otro ángulo desde el cual el hallazgo de la forma pensamiento cuestiona muchas de las prácticas políticas que actualmente se reclaman del marxismo. Y es que la sujeción de la mente a ciertos patrones impuestos por la materialidad de las relaciones sociales resta toda autonomía a la conciencia, o mejor, todo movimiento que no provenga de las relaciones sociales entendidas en su estabilidad, en su fragilidad, en sus interrupciones y en sus rupturas. Y con la pérdida de la autonomía de la conciencia no sólo entra en cuestionamiento el pilar fundamental del racionalismo sino que también cae la premisa sobre la cual se inspiraban las prácticas de transmisión de un conocimiento superior a las clases trabajadoras. Con lo cual nos reencontramos críticamente con la concepción de la vanguardia intelectual, con la identificación entre desarrollo de la conciencia y habilitación de la clase obrera para las luchas revolucionarias y con la dicotomía entre desarrollo objetivo y desarrollo subjetivo del sujeto.

Salta a la vista que todas estas formas son pertinentes a las sociedades donde prevalecen las relaciones mercantiles. Cabe entonces preguntar si ellas pueden existir también en sociedades donde la circulación mercantil ocupa un lugar secundario o si, por el contrario, las entidades que observamos en estas sociedades son apenas nominalmente comparables con la forma Estado, la forma partido, la forma sindicato, la forma sujeto, etc. Este interrogante lo examinaremos tan solo tangencialmente, en el Capítulo 5 del trabajo.

Por el momento sólo se trataba de indicar la pertinencia de esa revitalización polifacética del concepto de forma para la clarificación de las paradojas que nos acechan. En efecto, esta tendencia de la literatura actual ha iniciado un camino cuyas últimas consecuencias están aún lejos de ser escritas. Pero sus ventajas frente a los intentos previos de

superación del autoencierro marxista le imprimen una energía juvenil que no será fácilmente aminorada. Sinteticemos ahora estas ventajas, dejando para más adelante (2.2. de esta Introducción) un ejercicio preliminar de depuración de los conceptos y de aproximación a las teorías que comenzamos a vislumbrar.

DETERMINANTES SOCIALES

Limitaciones de los entendimientos tradicionales	Rupturas y aperturas ocasionadas por la revitalización del concepto forma
<p>La combinación entre la determinación de la economía y el movimiento revolucionario no sólo daba lugar a una inconsistente articulación entre una visión mecanicista (economía) de los cambios sociales y una perspectiva caprichosamente voluntarista (política) de los mismos, sino que además y de manera más concreta:</p> <ul style="list-style-type: none"> — Fundamentaba una lectura principalmente subjetivista del comportamiento estatal en términos de distanciamientos y tonalidades alrededor de una determinación económica de fondo. — Centrabá el proceso de desarrollo de la clase obrera en el desarrollo de la conciencia. — Veía en los casos de expansión y de fortalecimiento del movimiento obrero el fruto del raciocinio y del liderazgo. Asimismo, los ejemplos inversos de derrota de la fuerza y de la ampliación del movimiento eran imputados a deficiencias de los sujetos y de su capacidad de comprensión y anticipación. 	<ul style="list-style-type: none"> — La determinación vuelve a la lucha de clases ahora entendida de manera totalizante, esto es, cubriendo todo el espectro de relaciones sociales que constituye a cada una de esas clases en sus relaciones de antagonismo o no antagonismo con las demás. — Ese espectro de relaciones constitutivas se amplía ahora para cubrir también, en el caso del capitalismo, la búsqueda misma de una causalidad singular y su concreción en la economía o en la política. La lucha deja de circunscribirse a la esfera política y la determinación de fondo sale de la instancia económica. Nada escapa la determinación de clase. — El terreno de la determinación se desplaza de las fuerzas productivas, las relaciones de producción o el voluntarismo del sujeto, a la interacción entre la existencia material de las clases y el horizonte de ruptura creado por esta existencia. Es una interacción inseparable entre lo actual y lo posible donde lo posible no puede ser más que la negación de lo actual. La determinación de clase está limitada al alcance de su existencia. — Esas relaciones constitutivas son, en el caso del capitalismo, todas aquellas sin las cuales el trabajo no adoptaría la forma valor ni circu-

DETERMINANTES SOCIALES

Limitaciones de los entendimientos tradicionales

Rupturas y aperturas ocasionadas por la revitalización del concepto forma

laría como una mercancía más. Entre ellas están entonces la existencia misma de la mercancía y la manera como ésta se extiende al trabajo gracias a la separación de la economía y de la política, de la constitución de esferas separadas de "poder" que llamamos Estado, partidos, ciudadanos, razón, etc., y de "naturaleza" que llamamos producción, fuerzas productivas, economía, etc.

- El proceso de constitución y de reproducción de las clases pasa indefectiblemente por aquellas relaciones constitutivas que adquieren entonces el carácter de esenciales a la existencia de la relación total de clase. Por ello mismo, el proceso antitético de abolición de las clases tiene que pasar indispensablemente por el quebrantamiento de esas relaciones y las luchas obreras, en la medida en que son anticapitalistas, contienen elementos de exterminio del carácter que imprimen esas relaciones constitutivas.
- La aceptación de las implicaciones del concepto forma ocasiona un desplazamiento del objeto de las luchas, pasándose del campo restringido de la política al terreno de las matrices de constitución de las clases sociales.

DETERMINANTES SOCIALES

Limitaciones de los entendimientos tradicionales

Rupturas y aperturas ocasionadas por la revitalización del concepto forma

- Con relación específica a las paradojas que venimos considerando se diría:
 - (a) El Estado capitalista, en cuanto es en sí mismo una fuerza constitutiva del trabajo en mercancía, implica un comportamiento de reconstitución permanente de la relación capital-trabajo, lo que lo hace actuar como "capitalista colectivo ideal" o capitalista del conjunto y del largo plazo.
 - (b) La clase obrera está condicionada en su horizonte de lucha al alcance de la forma valor; pero, dentro de esta limitación, pugna por poner fin a la existencia mercantil del trabajo.
- La aceptación de las implicaciones del concepto forma ocasiona además un desplazamiento del objeto de investigación, habiéndose pasado de la profundización en la teoría económica y de la búsqueda de teorías de la política y de la ideología comparables al grado de conocimiento alcanzado respecto de la economía, al intento de articular el limitado horizonte anticapitalista actual con la estrategia revolucionaria totalizante.

2.2. El concepto de forma es contrario al formalismo

Debemos advertir las dificultades habidas hasta el momento para precisar el concepto de forma o para enumerar exhaustivamente las formas capitalistas. Sólo hemos llegado a precisar que se trata de fuerzas constitutivas esenciales a las relaciones sociales capitalistas, que escapan a la voluntad de los sujetos y que son susceptibles de encerrar distintos contenidos. Pero esta deficiencia de la elaboración no impide distinguir acepciones que definitivamente no corresponden al concepto que venimos moldeando. Y, en particular, no impide que lo distingamos de dos entendimientos formalistas, el uno construido mediante la separación de las fuerzas sociales y la dinámica de clase, el otro consistente en la identificación entre la forma social y la entidad que le sirve de vehículo en un momento dado. Ambos entendimientos los llamamos formalistas en el sentido corriente (que es al mismo tiempo el sentido aristotélico) del vocablo, esto es, en cuanto dan prioridad a la forma sobre la sustancia la que es, en este caso, la lucha alrededor de la sujeción o de la liberación del trabajo.

El primer entendimiento se basa en una vulgarización del concepto de forma social apoyada a su vez en la terca miopía del voluntarismo del sujeto. Así, puesto que las formas se refieren a fuerzas esencialmente constitutivas de las clases sociales y no a sujetos, organizaciones u otro género de agentes, se tiende a pensar que la lucha de clases ha desaparecido del esquema y que en su lugar se pretende introducir unas fuerzas naturales o mecánicas que no tienen nada que ver con la existencia ni con el horizonte de confrontación de las clases. Se tacha entonces a esta perspectiva de "estructuralista", asociándola en ello con una versión igualmente vulgar del althusserianismo que desconoce los aportes de esta escuela en materia de reconceptualización de los determinantes de clase. Peor aún, esta tacha supone que el concepto de forma, al rechazar la idea actual del sujeto, hace de las clases y particularmente de la clase obrera un simple objeto pasivo. Lo que significa ignorar que la perspectiva de las formas está implicando un nuevo sujeto, esta vez distinto al sujeto capitalista de que hablaríamos antes en la medida en que su voluntad y su existencia material se confunden. Ignora también esta crítica que, a diferencia de lo ocurrido con el althusserianismo, la perspectiva de las formas ata la existencia de las clases y sus luchas actuales de manera que la dinámica de esta interacción conduce a la negación de las clases en su forma actual y, por este camino, es ella la fuente de un proceso de transición.

El segundo entendimiento formalista tiene implicaciones prácticas más directas. Consiste, según dijimos, en la identificación entre la vigencia de las formas sociales y la existencia de los sujetos o entidades que las encarnan o que las han encarnado en un momento dado. En este sentido, esta interpretación revive nuevamente el subjetivismo del pasado, sólo que lo hace precisamente a nombre del concepto de forma. Se dirá, por ejemplo, que allí donde se encuentren organizaciones sindicales estará operando ineludiblemente la separación entre luchas económicas y luchas políticas o que donde funcione el partido político irá también de la mano de éste la reproducción de la esfera separada de la política.

Se ve a las claras que esta lectura del concepto forma apela a una práctica obrera excepcional o, mejor, a unos lugares institucionales o unas entidades enteramente ajenos a aquellos donde tienen lugar las prácticas obreras cotidianas. En cuanto las luchas obreras anticapitalistas se inician dentro de un marco de dominación, necesariamente germinan dentro de los mismos surcos que encauzan la reproducción del capital. Y si negamos la posibilidad de esa germinación contradictoria estaremos desconociendo los embriones antitéticos a las formas presentes ya dentro de los objetos o aparatos que sirven a éstas de expresión.

Naturalmente, para evitar este dilema deberemos distinguir entre la forma, en sí misma capitalista, abstracción real y como tal operativa y efectiva dentro de las relaciones concretas, y los entes o sujetos en los cuales se incorpora y se hace tangible. Estos últimos, en cuanto lugares sociales, se hallan simultáneamente determinados por la forma social que les imprime un carácter (capitalista) y por la lucha anticapitalista obrera que, dentro de ellos, combate la vigencia de la forma. Las formas, pues, no son de manera alguna neutrales en cuanto a la lucha de clases y por eso mismo ésta se trenza alrededor de la existencia de la forma. Esta es justamente la conexión entre las luchas cotidianas y las luchas revolucionarias.

Pero esta conexión apenas comienza a divisarse. Hasta ahora había prevalecido dentro de esta perspectiva la segunda lectura formalista a la que acabamos de referirnos. Ello llevaba a la ponderación de los grandes momentos de insurrección popular bajo el capitalismo: la Comuna de París, octubre del 17, mayo del 68, etc., en lo cuales se vislumbraron

organizaciones y formas alternativas. O, en el caso colombiano que dábamos como referencia en la primera parte de esta Introducción, el paro general de septiembre del 77.

Hubo quienes admitieron también entre las prácticas obreras anti-capitalistas (y por ende prácticas anti-formas capitalistas) aquellas que suspenden la relación entre el capital y el trabajo aunque no alcanzasen la dimensión social de las grandes epopeyas obreras. Se sumaron entonces las huelgas y otras vías de interrupción de la relación y se lanzaron consignas como las de "zero-work".

Y es indudable que aún esa lectura formalista ofrecía ventajas cuando se la comparaba con las corrientes dominantes dentro del marxismo tradicional. De una parte, por cuanto el estudio de las condiciones de irrupción de esos momentos cortaba con el mecanicismo y el gradualismo inherentes a la determinación económica o a la determinación institucional de las acciones obreras. Se trataba de momentos de ruptura, generalmente impredecibles y muchas veces inexplicables en función de las contradicciones "económicas" o del avance organizativo del sujeto revolucionario. De otra parte, subrayaba correctamente la capacidad de recomposición de la dominación capitalista transitoriamente interrumpida, a partir de la vitalidad (de las formas) subsistente en objetos, aparatos o programas que hasta ahora se habían juzgado neutrales.

No obstante esas ventajas, subsistían sutilmente detrás de esta lectura la vieja separación entre la política y la economía y la también conocida conceptualización estática de la clase obrera. Una y otra se conjugaban para motivar una actitud paralizante respecto de las expresiones cotidianas de lucha obrera. Veámoslo enumerativamente:

(1) En la medida en que el carácter anticapitalista de las luchas obreras se reducía en la práctica a los momentos excepcionales de superación visible de las formas, *se reintroducía un nivel político superior al de las luchas ordinarias*. Se reintroducía entonces la dicotomía entre luchas obreras revolucionarias y luchas simplemente reivindicativas, esta vez según se superaran o no las organizaciones capitalistas donde se albergaban esas luchas. De un lado tendríamos la súbita aparición de relaciones no-capitalistas afuera del marco de las formas burguesas del sindicato, el contrato de trabajo o la fábrica. Del otro, las acciones

obreras que a pesar de librarse contra el capital y de imponérsele a éste independientemente de sus necesidades inmediatas, se realizaron dentro de la fábrica, en el curso del contrato de trabajo o a través de actividades sindicales. De suerte que el indispensable celo por denunciar la fuerza coactiva de las formas capitalistas se convertía en sus aplicaciones concretas en un puritanismo formalista que impedía valorar los casos de subversión transitoria de las formas en los que sin embargo se preservaba el cascarón del aparato.

(2) Se inclinaba implícitamente la balanza de la valoración hacia *una explosión subjetiva de la clase obrera en la medida en que se la desligaba de las condiciones objetivas que circunscriben la vida cotidiana.*

(3) Subrayando correctamente los canales de la dominación capitalista, y su vigencia *se introducía tácitamente un criterio de evaluación de lucha obrera en función de su escenario o de su resultado inmediato.* El significado de las luchas dependía entonces de su conformidad o no con ciertas esencias definidas de manera absoluta, independientemente del contexto global de las necesidades concretas de reproducción de capital y de las antitéticas necesidades del proyecto anticapitalista.

(4) De particular interés para este trabajo, las llamadas crisis económicas, aunque ahora serían entendidas como crisis globales de reproducción del capital, seguirían siendo un fenómeno cíclico u ordinario, fundamentalmente desvinculado del avance de las explosiones revolucionarias obreras y sobre todo de la transformación de las condiciones materiales que las enmarcan.

Y puesto que las crisis se consideraban una instancia ordinaria de las luchas, las acciones obreras que las originaban participaban de la misma clasificación inferior, con lo cual desaparecía enteramente la conexión entre luchas obreras capitalistas— interrupción de la relación capitalista actual —reconstitución de la relación capitalista bajo nuevas modalidades.

(5) En el fondo se continuaba siendo prisionero de *una noción de clase que suponía la existencia actual de condiciones objetivas para un tránsito revolucionario.* Puesto que la irrupción revolucionaria parecía depender únicamente de un subjetivismo repentino, no cabía la necesi-

dad de expandir materialmente la clase obrera. O, si se incluían en el análisis las condiciones materiales, era sólo para advertir en ellas la constitución e imposición del capital sobre la clase obrera. No había conexión alguna entre las luchas anticapitalistas de los trabajadores y la creación de condiciones bajo las cuales el proyecto obrero de control social se hiciese viable mediante su elevación a una dimensión social total. Allí donde los trabajadores forzaban al capital a extender la forma valor a todos los tipos de trabajo, sólo se veían respuestas unívocamente capitalistas a unas luchas obreras cíclicas y fundamentalmente estériles. Por el contrario, cuando las luchas obreras salían de las fábricas y alcanzaban magnitudes más amplias, se juzgaba que se trataba de un paso gigantesco y repentino cuyas condiciones necesarias habían estado siempre presentes.

Había pues una inconsistencia que prácticamente aniquilaba el significado anticapitalista de las luchas cotidianas. Inconsistencia que, en este caso, se basaba en la separación entre los elementos objetivos y los elementos subjetivos de la lucha, bajo el supuesto de que los primeros ya estaban dados y que nos hallábamos a la espera de una conjugación explosiva de los segundos. La paradoja para la historia de las ideas marxistas radica en que tal suposición nos lleva a ver un lugar común a dos entendimientos estratégicos tan diferentes como lo son el leninismo y el luxemburguismo: mientras que Lenin trata de llenar el vacío del insuficiente desarrollo de la clase obrera con la voluntad del partido revolucionario, Rosa hace lo mismo mediante tesis simplistas e irrealistas respecto de la erupción y del significado de la huelga general.

2.3. Anticapitalismo y proyecto obrero

Hay sin embargo lecturas marxistas de las luchas entre el capital y el trabajo que no conducen a la determinación de la economía ni al privilegio de agentes o momentos subjetivamente concebidos. Son lecturas que de tiempo atrás, seguramente inspiradas en el mismo Marx, han venido apuntando a la superación de lo que la tradición nos ha legado como el paradigma leninista.

Así, los primeros capítulos de *Historia y Conciencia de Clase* de Lukacs sostienen, contra las vulgarizaciones corrientes de este autor, la existencia de una conexión íntima e indisoluble entre los elementos objetivos y los elementos subjetivos que distinguimos en la constitución

y en el desarrollo de las clases sociales y hasta sugieren las raíces capitalistas de la distinción conceptual entre unos y otros. Nada pues más lejos de aquellos capítulos que la autonomía de la conciencia o un esencialismo del sujeto de orientación humanista.

El astrónomo holandés Pannekoek, una de las víctimas de las excomuniones leninistas, señaló explícitamente la relación entre el desarrollo de la clase obrera (o la extensión de la relación entre el capital y el trabajo) y sus posibilidades revolucionarias, así como también el carácter capitalista de formas sociales que separan las luchas obreras de la manera como lo hacen el sindicato y el partido. De suerte que Pannekoek advirtió la transitoriedad de estas formas y del alcance o limitaciones de las luchas obreras de su época e intuyó el encadenamiento que liga las luchas actuales con las formas de lucha y con el desarrollo de la clase obrera.

Más recientemente R. Dutschke ha demostrado contundentemente la relación de determinación entre los limitados desarrollos de la clase obrera rusa y los postulados voluntaristas en que hubo de incurrir Lenin. Los autonomistas españoles habían venido repicando de tiempo atrás sobre esta determinación del proyecto político bolchevique. Y así lo reiteran también las extensas investigaciones que se vienen publicando sobre la historia de la lucha de clases en la URSS hacia comienzos de siglo.

También los historiadores del movimiento obrero han venido subrayando la forma como se integran en una sola telaraña las condiciones materiales de existencia, la experiencia y la conciencia obreras. Ellas tres forman un tejido único cuya férrea consistencia ya había sido advertida por Franz Mehring en 1918.

Pero han sido quizás los autonomistas italianos quienes más han avanzado en las implicaciones del rechazo al subjetivismo reinante dentro del marxismo a lo largo del presente siglo. El suyo parece ser el intento más explícito y más elaborado de relacionar las luchas anticapitalistas cotidianas de la clase obrera con su existencia actual, con la constitución del sujeto revolucionario y con la creación de condiciones que hagan viable el control obrero de la sociedad en un nivel total. Fuere cual fuere la evaluación que se vaya decantando del contenido de los planteamientos de los italianos, parece innegable que ellos han trazado y

confrontado la agenda investigativa más consecuente con todas las críticas a los planteamientos marxistas tradicionales que hemos venido recogiendo.

Recordemos al respecto que tales críticas se dirigen principalmente contra la bifurcación del carácter antitético a la totalidad de la dominación capitalista, que se le imputa a las luchas obreras, y un sujeto o un momento revolucionario que se desprende de ellas y avanza paralelamente. Pues bien, han sido los autonomistas italianos quienes más han insistido en mantener en todo su vigor ese carácter antitético y, en consecuencia, en atribuirle a tales luchas toda la fuerza, limitación y globalidad que emana de la negación de las relaciones de dominación existentes, sin que exista lugar alguno a desprendimientos, paralelismos o autonomías de sujetos o momentos distintos a los que configuran la existencia actual de las clases. Por esta razón, esta introducción incluye un apéndice donde se presentan esquemáticamente las posiciones generales de los italianos.

Lecturas marxistas como las que vienen de reseñarse no se limitan a señalar las inconsistencias teóricas y las prácticas de dominación que se desprenden de la metáfora base-superestructura, señalamiento éste que, por otra parte, se ha ido convirtiendo en lugar común de los trabajos marxistas actuales. El aporte específico común a tales lecturas, no obstante sus múltiples diferencias internas, radica en que todas ellas apuntan a *una causalidad de clases* (y no a la antigua uncausalidad económica o política) *dentro de la cual la clase obrera interviene con un proyecto social propio y a la vez inseparable del rompimiento de la red de formas capitalistas actuales.*

Veamos a continuación el marco que distingue a este proyecto de clase y dentro del cual ganan sentido sus distintos contenidos concretos. Al efecto deberemos introducir en primer lugar la tesis de que el proyecto obrero consiste en un proceso de constitución de clase revolucionaria que opera mediante la negación de la existencia actual del capital. Los medios de largo plazo se confunden con los fines del presente y las metas futuras se definen en las luchas actuales. Nada es neutral en este proyecto; estrategia y táctica son una misma cosa.

La agenda investigativa abierta por esa tesis consta de dos partes: el descubrimiento de los aspectos antitéticos de las acciones obreras

y el establecimiento de la relación entre éstos y el desarrollo de clase. Esta última parte dará lugar a introducir más adelante el concepto de fase o etapa del desarrollo de clase (Capítulo 2). La primera se examinará brevemente en el Capítulo 1, a propósito de la reconceptualización de las crisis de reproducción del capital.

En la medida en que el proyecto obrero es inseparable de sus luchas actuales, no puede desprenderse tampoco de las modalidades de existencia concreta de la relación capital-trabajo que les dan el contenido a las mismas. De manera que la lucha en torno a *unos contenidos* concretos es también lucha alrededor de la preservación o destrucción de *las formas* sociales capitalistas. Una vez que se establece esta conexión entre contenido y forma se recupera el significado anticapitalista de las luchas cotidianas.

Paralelamente, se comienza a captar la manera como aquellos aspectos de las relaciones capitalistas, a los que hemos venido considerando como de *simple contenido*, *limitan a su vez el alcance de la lucha contra las formas*, algo que no habíamos detectado hasta ahora. Y ello por cuanto los contenidos concretos de las luchas actuales delimitan el ámbito de existencia de la clase obrera y el horizonte de negación de las relaciones capitalistas; lo que a su vez implica no solamente la restricción del proyecto actual de extinción de las formas sino también su fragilidad por razón de la posibilidad de éstas de reconstituirse mediante la incorporación de esferas sociales previamente ajenas a la relación capital-trabajo. De donde se concluye que el carácter fragmentario de la dominación capitalista de la sociedad forma parte de las posibilidades de reconstitución de aquella y que en consecuencia el proyecto de liberación obrera tiene que pasar por la ampliación de la relación capitalista o, lo que es lo mismo, por la expansión de la forma valor del trabajo.

Y a su vez la expansión de la forma valor del trabajo no puede resultar sino de las luchas ordinarias, esto es, de aquellas que sin significar la extinción definitiva de la relación, sí constriñen al capital a extender sus dominios y, sin buscarlo, a aumentar las bases materiales de existencia de la clase obrera. De esta manera se ponen en contacto las luchas cotidianas y el proceso de constitución de clase, lo que cierra el círculo entre las luchas actuales y el proyecto revolucionario.

Naturalmente, cuando afirmamos la existencia de un proyecto positivo obrero, al que le servirían indirectamente de vehículo las readecuaciones del capital, nos hallamos al borde del más burdo de los reformismos. Y, sin embargo, existe un abismo entre la lectura que proponemos y los entendimientos clásicamente reformistas de la evolución social. Es un abismo entre "lo que ve" cada interpretación, en la manera como lo conceptualiza y en las prácticas políticas que promueve. Son construcciones teóricas apoyadas sobre andamios paralelos cuyo centro de gravedad es, en un caso, la noción de la economía y de la política y, en el otro, la de la formación de clase. Examinemos brevemente esos dos centros de gravedad.

La tradición marxista ha consagrado a las relaciones sociales de producción como el marco dentro del cual se desarrollan con mayor o menor autonomía las actividades políticas. Dentro de las relaciones sociales de producción se ha privilegiado usualmente el desarrollo de las fuerzas productivas para efectos de atribuirle el papel de motor principal de las transformaciones sociales. Con lo cual el desarrollo de las fuerzas productivas se coloca por encima de las luchas políticas, en un estrado natural o simplemente técnico, y la dinámica social pasa a depender prioritariamente de impulsos ajenos a los movimientos de clase.

Recientemente se ha observado la necesidad de confrontar radicalmente la neutralidad de clase del desarrollo de las fuerzas productivas y, por consiguiente, su lugar soberano dentro de la sociedad. Ello ha llevado a algunos a reducir los cambios en las fuerzas productivas y, en general, en las relaciones sociales de producción, a la calidad de respuestas estratégicas del capital. Con lo cual, el desarrollo económico o de las fuerzas productivas ha pasado a formar parte del patrimonio de la clase capitalista. Y ésta lo manejaría a su antojo o, lo que es lo mismo, sujeta únicamente a constreñimientos de índole tecnológica o científica. Otros, por el contrario, han rechazado esa calidad de instrumento de clase que se pretende atribuir ahora a las fuerzas productivas y han comenzado a redescubrir sus aspectos contradictorios, esto es, la presencia obrera a lo largo de su historia. Una cara del desarrollo de las fuerzas productivas lo sería la respuesta estratégica del capital encaminada a debilitar la resistencia obrera y, en última instancia, a robustecer el funcionamiento del trabajo como mercancía y la separación entre economía y política. La otra cara estaría configurada por el papel de la clase trabajadora en la determinación de los cambios en las rela-

ciones sociales de producción y apuntaría a su constitución en sujeto social total, capaz de imponerse al capital en todas sus formas constitutivas y en todos los rincones de la sociedad.

Habría pues dos polos en pugna impulsando la transformación de las fuerzas productivas y a su vez reconstituyéndose mediante ella. El uno adopta inevitablemente la cara de un proceso puramente económico puesto que su existencia depende de que imprima o no a esas fuerzas productivas el carácter de mercancías, de objetos con vida y reglas de existencia propias. Es el polo de reconstitución de la clase capitalista. El otro es el polo de recomposición de la clase obrera, impulsado por las imposiciones de la clase trabajadora al capital y a su vez estimulando la unificación y la masificación de clase mediante la integración del trabajo social. Así presentado, este segundo polo no puede reducirse a una fuerza puramente económica puesto que es, prima facie, un proceso simultáneo de lucha y de constitución de clase. Y, sin embargo, en la medida en que es un proceso vertebralmente atravesado por la generalización de la comparabilidad de los trabajos (o por la forma mercantil del trabajo), reviste necesariamente el ropaje de un proceso propio del mundo de las mercancías.

Así pues que el desarrollo de las fuerzas productivas no es neutral frente a las relaciones de clase, como tampoco es un instrumento a discreción de la voluntad de una cualquiera de ellas. Es simultáneamente un proceso de su constitución y de su negación y si no acostumbramos reconocerle su carácter político o social es precisamente porque partimos de un concepto de la política que no admite en su ámbito a los procesos de constitución de clase sino que, por el contrario, supone que la existencia atomizada del sujeto obrero es su forma final o definitiva, lo que en la práctica quiere decir su forma capitalista de existencia. Con lo cual llegamos al otro centro de gravedad que distingue a las construcciones reformistas del edificio que venimos levantando.

Al respecto hay que comenzar por reconocer que con relación a la política, al igual que en materia de fuerzas productivas, la tradición marxista ha consagrado la existencia de un terreno neutral donde, en este caso, se resuelven las cuestiones de poder. Las distintas clases se enfrentarían en ese campo de batalla para imponer y realizar sus intereses particulares ante las demás. La política se define entonces por las actuaciones y por la voluntad de las clases, en contraste con la econo-

mía que es el marco de existencia de las clases en sus relaciones entre sí y de ellas con la naturaleza.

Independientemente de los conceptos específicos de poder y de clase social subyacentes a cada una de las vertientes de dicha tradición, y de sus particulares líneas de interpretación de la relación entre economía y política, siempre se aceptaba que las fuerzas sociales se enfrentaban en el terreno definido por las relaciones capitalistas como político y que los átomos constitutivos de tales fuerzas eran los individuos o sujetos configurados por el capitalismo.

Como consecuencia de lo anterior, se pensó que el Estado condensaba las relaciones de poder, y la política se redujo a la capacidad de imponer la voluntad de clase dentro del Estado y a los medios para ganar acceso al aparato estatal. De esta suerte no sólo se llegó a juzgar a los demás campos y formas de lucha como simplemente económicos (y por ende inferiores o secundarios) sino que además se excluyó por definición la existencia de un terreno político o social constituido autónomamente por la clase trabajadora y en contradicción con el terreno político capitalista. Los avances políticos o de clase tenían que reflejarse de una manera u otra en esta esfera crucial de la política la que, como resultado, adquiría una imagen ahistórica o desprovista de contenido de clase. El proyecto político central de la clase obrera consistiría en hacerse al control del Estado y las únicas luchas conducentes serían aquellas, de naturaleza parlamentaria o extraparlamentaria, directa o indirectamente conectadas con ese objetivo.

Una identidad y una relación causal sirven de premisas a tal esquema teórico: la identidad entre poder de clase y control del Estado y, la relación causal entre fluctuaciones en el poder relativo de las clases y la inestabilidad que ellas producirían dentro de la organización actual del Estado, ésta última formulada sin advertir ninguna mediación relativa a la naturaleza capitalista del Estado. La historia del Estado y de la política se restringía a la secuencia interminable de ajustes y desajustes entre poderes relativos de clase y formas de Estado. Las dictaduras, por ejemplo, eran interpretadas como obstáculo deliberado a la adecuación inmediata del aparato estatal o como puente funcional entre dos etapas del balance de poder de clases. Nunca se cuestionaba al Estado per se o, en el mejor de los casos, se difería ese cuestionamiento para etapas más avanzadas y posteriores de lucha, distinta de las luchas ordinarias del presente.

En años recientes se ha redescubierto el papel esencial que cumple el Estado en la constitución del sujeto vendedor y de las relaciones mercantiles en general, lo que ha llevado a rechazar frontalmente la supuesta neutralidad del terreno político que venimos de esbozar. Por ende, se ha cuestionado la posición determinante que se le atribuía a ese terreno independiente en ciertas coyunturas en las que la historia parecía acelerarse. Esta posición crítica ha llevado a algunos a reducir los cambios en el Estado a la condición de respuestas estratégicas del capital, manipuladas según sus necesidades de reproducción.

Otros, por el contrario, han rechazado el nuevo carácter de instrumento de clase que la crítica anterior termina por atribuirle a la regulación de los cambios en el Estado y han comenzado a descubrir tras ellos un nuevo género de contradicción. Se trata de una contradicción trabada en un nivel de intervención obrera enteramente distinto al de la pugna por el control del Estado y del aparato estatal. Es el nivel donde se determina la extensión del sujeto constituido por el Estado y, simultáneamente, los contornos del sujeto colectivo obrero. Las luchas obreras intervienen activamente como factores de esta determinación mediante la función que cumplen en la expansión del sujeto. Lo que significa que las luchas obreras son agentes codeterminantes del alcance de la intervención constitutiva del Estado, de las fases de la relación capital-trabajo delimitadas por dicho alcance y de los cambios en el Estado que vienen con éstas.

Una cara de tales cambios la constituiría la respuesta estratégica del capital encaminada a reconstituir a los sujetos en propietarios-vendedores de mercancías mediante la reinserción de sus luchas en el marco del Estado y de los ciudadanos, es decir, en el marco de las condiciones necesarias para la circulación mercantil. La otra cara consistiría en la intervención obrera tendiente simultáneamente a negar las posibilidades de reconstitución del sujeto-vendedor o del sujeto-ciudadano y a impulsar la formación del sujeto colectivo obrero. Esta segunda cara no tendría por objetivo el acceso al aparato estatal ni la readecuación del Estado a un nuevo balance de poder o su retorno a las formas democráticas normales sino la preservación de las condiciones que frenan la circulación de la fuerza de trabajo como mercancía y la integración y extensión de la clase obrera a nuevas esferas de la sociedad.

Otra vez encontraríamos dos polos contradictorios creando la chispa de las transformaciones del Estado, de los partidos políticos y de los su-

jetos en general. Uno reviste necesariamente el ropaje de un proceso puramente político puesto que su sobrevivencia depende de que subordine las luchas obreras a las reglas de existencia del Estado y de la esfera política en general, esto es, a las reglas de constitución de los trabajadores en vendedores de mercancías. Es el polo de reconstitución de la clase capitalista, amenazada por la fortaleza obrera. El otro es el polo de reconstitución de la clase obrera, impulsado por el cuestionamiento actual de las reglas de la circulación mercantil y encaminado a la expansión del sujeto colectivo capaz de abolir la venta de la fuerza de trabajo en todas las relaciones sociales. Naturalmente, este segundo polo no se circunscribe a una fuerza exclusivamente política precisamente por cuanto está presionando la aniquilación de la forma mercancía que constituye el mundo particular de la economía. Y, sin embargo, en la medida en que la expansión del sujeto colectivo debe pasar por la generalización del sujeto-vendedor, reviste indefectiblemente la forma de un proceso propio del mundo de la política.

De manera que la clase obrera también interviene dentro de los cambios que observamos en el Estado; no se restringe a motivarlos desde una posición externa a ellos. Además, su propia constitución pasa por esas transformaciones que consideramos circunscritas al Estado. Sólo que la intervención de la clase obrera tiene un sentido opuesto al de la reconstitución de la forma Estado; lo hace resistiendo a las fuerzas que reproducen la venta de la fuerza de trabajo e imprimiendo a tales cambios el sello de recomposición del sujeto colectivo obrero. De suerte que los suyos no son, estrictamente hablando, cambios en el Estado; son, más bien, modificaciones en el desarrollo de clase. Y, sin embargo, acostumbramos verlos bajo la óptica de la esfera política capitalista por cuanto la resistencia, el control social y la expansión de la clase obrera tienen que pasar por el canal de las negativas parciales al funcionamiento del trabajo como mercancía; se impulsan en la posición de vendedores de la fuerza de trabajo que le ha sido impuesta a ciertos trabajadores y apuntan a la generalización y homogeneización del sujeto-ciudadano con miras a hacer de éste el sujeto colectivo total.

Naturalmente, las distintas intervenciones constitutivas desplegadas por el Estado se ejercen a través de aparatos estatales igualmente distintos. O, mejor, los cambios en la anatomía del aparato estatal son los vehículos que operan las transformaciones en la intervención constitutiva del Estado y su ordenamiento en un momento dado corresponde al alcance y a las modalidades de la intervención estatal en la creación

de la forma mercancía. Lo que quiere decir que ordenamientos del aparato estatal tales como la democracia o la dictadura, el presidencialismo o el parlamentarismo son coyunturalmente elementos indispensables de dicha intervención. Por otra parte, debemos tener en cuenta que a la clase obrera le cabe un papel en la determinación de las variaciones en el Estado, variaciones que en esta ocasión no referimos al alcance de su intervención constitutiva del sujeto sino al andamiaje sobre el cual se asienta indispensablemente dicha intervención constitutiva en un momento dado (Capítulo 7, para el caso colombiano actual).

Con lo cual deberemos concluir que la organización del Estado, siendo indispensable para la extensión de la forma mercancía, no puede confundirse con ésta o con la forma Estado. *La forma Estado* es abstracción real, capitalista por definición; los cambios en la organización del Estado son al mismo tiempo reconstitución de la forma y lugar de negación de ésta. Dicho de otra manera, *el aparato estatal* entendido ahora como lugar de reconstitución de las clases sociales, es contradictorio en cuanto es inseparable del *contenido* de las luchas en un momento dado y del significado de éstas para los proyectos del capital y de la clase obrera.

A la luz de este proyecto de desarrollo de clase basado en las luchas ordinarias otorgaremos nuevo significado a aquellas actividades que, dándose aparentemente dentro de la forma Estado y dentro de la forma sujeto, contienen elementos antitéticos a ellas que en realidad impulsan el punto de vista obrero. Tal es el caso de las luchas libradas en nombre de la preservación de la democracia burguesa y de los derechos fundamentales del ciudadano en la medida (y únicamente en esa medida) en que ellas presionan la interrupción de la reproducción del capital y fomentan directa o indirectamente la expansión de la clase obrera. Y entre más se descubren y más se promueven estos aspectos antitéticos en aquellas luchas, más contrapuesta será esta posición con la de quienes, en nombre del "socialismo real" o "socialismo factible", no observan en las luchas obreras el combate frontal contra la forma mercancía del trabajo ni contra la forma del sujeto vendedor ni mucho menos la anticipación de una sociedad de productores (en vez de vendedores), sino que terminan por reiterar las virtudes y los pilares de la democracia burguesa.

Además, comenzaremos a entender la razón por la cual los procesos revolucionarios emprendidos a partir de una existencia muy parcial de la clase obrera han tenido que adoptar formas sociales de dominación

capitalista dentro de su propósito de extender y homogeneizar a la clase obrera. Naturalmente, el empleo de estas formas condicionó y distorsionó el poder liberatorio que animaba esos procesos. Piénsese si no en la camisa de fuerza que han constituido en países como la URSS instituciones tales como el Estado y el partido político en su función de constitución de una esfera política, privilegiada en su poder decisorio, separada del resto de las relaciones sociales y excluyente del control social por parte de los trabajadores directos. Pero lo que interesa subrayar ahora es *la relación de determinación existente entre el insuficiente desarrollo de la clase obrera a nivel social y la necesidad de adoptar formas idénticas o similares a las formas capitalistas de dominación a través de las cuales se expande la clase obrera hasta llegar a la totalidad de la sociedad*. Es ésta la relación que vienen mostrando diversos estudios de las llamadas sociedades en transición en la medida en que ellos indican que la circunscripción de las luchas a aspectos parciales de la dominación capitalista (preservando por tanto las formas capitalistas de dominación como ocurre, por ejemplo, cuando se propone como objetivo central del proceso la conquista del aparato estatal) no dependía de la voluntad de las organizaciones sino de la necesidad de realizar dentro del proceso revolucionario tareas que sólo caben en un marco de enfrentamiento antagónico contra la forma valor del trabajo y en favor del desarrollo de un nuevo sujeto colectivo. Esta observación, de inescapables implicaciones para el entendimiento de la transición, se volverá a tocar tangencialmente en el Capítulo 4 de este trabajo cuando se examinen las transformaciones actuales del Estado capitalista y se las compare esquemáticamente con las que se observan en los países de Europa Oriental.

Llegados a esta altura, ya podemos expresar esquemáticamente los aportes y las aperturas adicionales del concepto de forma, una vez que él es depurado de toda herencia formalista mediante la introducción de la idea de una clase obrera en formación o de un proyecto de formación de clase. Esta vez deberemos hacerlo confrontando estas elaboraciones que se desprenden del concepto de forma con las lecturas que hemos denominado en los dos numerales anteriores "formalista" y "reformista". Aunque ninguno de estos dos géneros de lectura pertenece a la gran familia leninista que ha dominado la tradición marxista a lo largo de este siglo, ambos parten de premisas y de preguntas teóricas comunes al leninismo, según tratamos de ilustrar en las páginas anteriores.

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

FORMALISMO

- Las luchas obreras se ordenan en inferiores y superiores o se clasifican en luchas reproductoras del capital y luchas anticapitalistas según rompan o no con los aparatos o agentes que han personificado la vigencia de las formas capitalistas. En el campo de los eventos concretos, este criterio de ruptura se traduce en la ponderación de momentos explosivos excepcionales.
- Los momentos explosivos dependen de la conjugación de factores "objetivos" y "subjetivos" en la clase obrera. Sin embargo, ni unos ni otros tienen que ver con el desarrollo y el alcance social de la clase. De manera que la magnitud y la trascendencia de las luchas son enteramente impredecibles, con lo que al final de cuentas se está suponiendo que la clase obrera cuenta ya con el desarrollo suficiente para controlar eventualmente la totalidad social.
- Puesto que no es necesario avanzar en la construcción de clase, sólo cabe la lucha actual por la destrucción del capital, con lo cual se llega a menospreciar o a desconocer enteramen-

- El agente, el aparato o el objeto que sirve de lugar a las luchas concretas entre el capital y el trabajo no puede tomarse por la forma social capitalista que impone un cierto ordenamiento a las relaciones sociales en cuanto abstracción real. Este último es concepto de raigambre hegeliana; el primero parece corresponder al sentido aristotélico de forma y, sin embargo, las lecturas formalistas han terminado por atribuirle una importancia superior a la del carácter meramente accidental que le asignan al contenido de las luchas.
- La fusión entre el contenido y la forma (nuevamente en sentido aristotélico) lleva a revalorizar aquellas luchas que, dándose dentro de los agentes, aparatos u objetos que han encarnado a la forma (capitalista o en sentido hegeliano), amenazan la reproducción de ésta. Lo que lleva a recuperar el potencial anticapitalista de las luchas cotidianas y a redefinir el concepto de anticapitalista en función del contexto global de vigencia o no-vigencia de la forma (nuevamente en sentido hegeliano).
- Los elementos "objetivos" y los elementos "subjetivos" de las clases sociales son inseparables entre sí. Ello hace imprescindibles los desarrollos concretos de la lucha de

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

te el significado positivo de las luchas ordinarias.

- Existe un proyecto obrero, de sentido positivo en cuanto apunta a la constitución de un nuevo orden social; pero, además, de sentido positivo en cuanto sus medios de acción no se restringen a la negación actual de las vías de dominación del capital. Por el contrario, estos medios son instrumentos que existen independientemente del enfrentamiento actual entre el capital y el trabajo y que, en cuanto tales, pueden ser empleados en la talla del socialismo futuro. Paradójicamente, al llegar a la meta socialista se habrán disuelto todas las formas capitalistas de dominación.

- Tres son las fuerzas que impulsan ese proyecto de construcción del socialismo. Aunque a veces son definidas como fuerzas excluyentes, las más de las veces se combinan velando sus incompatibilidades:

- (a) El avance de las fuerzas productivas que al chocar con las relaciones (mercantiles) de apropiación privada ocasiona un quiebre revolucionario o crea condiciones para éste.

clases. Sin embargo, a un nivel abstracto es posible establecer el alcance y las limitaciones de las luchas, ya no en función de unos elementos objetivos separados de éstas sino en función de la particularidad de la clase con respecto a la totalidad social. A esta relación le hemos dado el nombre de condiciones materiales de existencia de una clase y, se insiste, ellas conjugan y confunden los elementos que veníamos llamando "objetivos" y "subjetivos".

- En la medida en que amenazan la continuidad de las relaciones (y por tanto de las formas) capitalistas, las luchas obreras ("ordinarias" y "extraordinarias") ocasionan un desarrollo ("objetivo" y "subjetivo") de la clase que hemos llamado "proyecto obrero" y cuyos resortes y efectos son los siguientes:

- (a) Las luchas obreras son ejercicios de control social por parte de los productores que, al ocasionar la interrupción de la dominación, obligan al capital a vencer el poder social obrero existente y/o a desplazarse hacia otros agentes y lugares para reconstituirse en ellos mediante la imposición de la forma mercantil del trabajo.

- (b) Ese desplazamiento ocasiona entonces una expansión social

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

Nótese de qué manera esta propuesta encierra una aproximación a la idea de un proyecto de constitución de un sujeto colectivo. Sólo que, al atribuir esa capacidad de constitución al desarrollo mismo del capitalismo, termina por asignarle a éste un carácter ahistórico o neutral. Con lo cual se desvanece el carácter contradictorio de las luchas obreras.

- (b) El control de la esfera política y principalmente del Estado y de los medios de acceso al aparato estatal. Nótese que esta propuesta, aunque promueve inmediatamente un programa que se considera revolucionario, desconoce o subestima las condiciones materiales de existencia del sujeto colectivo y termina por sustituirlo por el Estado o el partido que adquieren entonces la calidad de voluntad colectiva que se les atribuye bajo el capitalismo. Es decir, es un proyecto que tiene que operar con base en la reiteración del sujeto individual capitalista y de las formas constitutivas de su universalidad.

de la clase obrera, expansión que no se refiere al número de los miembros de ésta (aunque su crecimiento absoluto o relativo no puede ser excluido) sino a las áreas de la vida social penetradas por la forma valor del trabajo. En este sentido, las luchas obreras tienen un contenido positivo en cuanto impulsan el tránsito de la particularidad hacia la totalidad social de la clase. Es posible distinguir teóricamente "fases" de expansión de la clase obrera, según la cobertura alcanzada por ésta.

- (c) En cuanto respuesta capitalista, la expansión opera mediante la atomización del trabajo y la homogeneización de los productores. En cuanto proyecto de clase obrera, la expansión promueve la constitución de un sujeto colectivo formado por individuos sustituibles que sostienen entre ellos relaciones no-mercantiles que apuntan al control social directo y a la extinción de la forma valor del trabajo. Este sujeto colectivo es, al mismo tiempo, la superación de la existencia atomizada del trabajo y de los trabajadores.
- (d) El nuevo sujeto colectivo (o el sujeto colectivo de la nueva fa-

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

(c) Las luchas obreras en la esfera económica. En este caso se reitera la esfera económica en cuanto a terreno o medio neutral de luchas. Pero, además, se acostumbra atribuirle a la esfera un contenido fijo, con lo cual se niega el proyecto de constitución de clase o se da por supuesta la capacidad actual de la clase obrera de alcanzar la totalidad social. Esta suposición seguramente reposaba en la universalidad del sujeto alcanzada e impuesta por el capitalismo.

se) operará en un nivel más amplio o de mayores posibilidades de control social. Ello implica que las barreras previas entre vendedores y no-vendedores de la fuerza de trabajo desaparecen (al menos parcialmente) y que con ellas se desvanecen también las barreras entre productores y no productores, entre producción y reproducción y aún entre lo público y lo privado.

(e) Por control social obrero se entiende la imposición de una regulación directa de la vida social por parte de los productores, en aquellas áreas donde venía imperando la ley indirecta de las sociedades de intercambio en su forma específicamente capitalista. Es la derrota de la forma mercancía en virtud de la introducción del control directo del uso de los bienes y, sobre todo, de la asignación del tiempo de los trabajadores. Es, en este sentido, la reconstitución de la relación directa con la naturaleza; el retorno a la sociedad de productores, ahora en la forma de un sujeto colectivo, la creación de una nueva fuerza de síntesis social, distinta a la que constituía la mercancía.

(f) La circunstancia de que esa imposición de nuevas formas sea

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

apenas parcial respecto del resto de la sociedad y tenga apenas una existencia efímera, no disminuye la importancia de la negación de las formas capitalistas allí donde ellas venían rigiendo. La victoria parcial y efímera impulsa al capital a reconstituirse en una escala social mayor, penetrando en relaciones sociales hasta ahora ajenas a la forma mercancía del trabajo. Es, entonces, una victoria que anima un proceso de constitución en totalidad social, entendiéndose totalidad ya no como suma estructurada de la economía, la política y la ideología sino como la articulación de los distintos momentos de la vida social bajo unas mismas reglas y bajo unos mismos sujetos. Esas reglas son, desde el punto de vista de la estrategia capitalista, las de la generalización de la forma mercancía y, con ella, de la separación entre economía y política o entre el mundo de los objetos animados y el de los sujetos individuales regulados por las reglas de aquéllos.

- Del proyecto obrero se desprende un doble criterio de victoria de clase o, mejor, un mismo criterio desplegado en dos etapas abstracto-temporales que se alternan intermitentemente:

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

- (a) La clase obrera triunfa cuando se reapropia parcial o totalmente el control social en aquellas áreas en las que el capital ha impuesto la forma valor al trabajo. Naturalmente, la reapropiación implica la imposición de unas reglas de ordenamiento social contrapuestas a la existencia actual del trabajo como mercancía.
- (b) Triunfa también la clase obrera cuando la respuesta capitalista al sitio de la forma mercancía no puede operar mediante el rompimiento de los cordones obreros actuales sino que le es menester buscar escape a través de la introducción de la forma mercancía del trabajo en lugares que permanecían ajenos a ésta. Este criterio positivo y de largo plazo requiere además que la clase obrera, ampliada por la extensión de la forma mercancía, desarrolle entre sus miembros lazos directos de sujeto colectivo, esto es, vínculos que si bien están mediados por la venta común de la fuerza de trabajo, se anudan por la oposición de los trabajadores a la calidad de vendedores de una mercancía y a partir de esta oposición conjunta constituyen un nuevo sujeto que se enfrenta al capital.

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

Las dos etapas actúan de manera esencialmente complementaria o, lo que es lo mismo, el criterio de victoria obrera no puede separarse de la contradicción permanente con el capital ni del desarrollo de la clase. En el mismo eje pero en sentido opuesto, el criterio de victoria capitalista tiene que combinar la reconstitución de las formas dentro de los lugares actuales de dominación del capital con el quebrantamiento de la resistencia obrera mediante la expansión de la forma mercancía a nuevos lugares sociales y con la subsiguiente reafirmación del capital en el conjunto de la sociedad.

— Por otra parte, la conexión entre resistencia actual y expansión futura liga la penetración y el desarrollo desiguales del capital a la parcialidad y a la desigualdad del nuevo sujeto colectivo. A su vez, esta conexión entre la existencia desigual actual y la tendencia a constituirse en sujeto total mediante un proceso de imposiciones al capital que adopta necesariamente la cara inicial de acentuación de las desigualdades entre los productores, rompe con las lecturas universales del sujeto-individuo, tales como aquellas que en nombre de una igualdad universal superimpuesta atacan los "privilegios" alcanzados por grupos sindi-

EL PROYECTO "POLITICO" (SOCIAL) DE LA CLASE OBRERA

Propuestas de las lecturas formalistas y reformistas

En qué consiste una lectura no formalista del concepto de forma y cuáles son sus implicaciones.

cales en materia de distribución del producto social.

- Puesto que la economía es el mundo de los objetos-mercancía y de las reglas que los animan, y puesto que la forma mercancía tiene un alcance variable según las distintas fases del capitalismo, la economía (o, mejor, la forma económica) también tiene un contenido variable. Y con la extensión de la economía se extiende también la clase obrera. El desarrollo de la forma mercancía y el desarrollo de la clase obrera marchan a la par, negándose uno al otro y adoptando la apariencia neutral del desarrollo técnico y científico.
- La esfera de la política es igualmente negada por la aparición de un sujeto colectivo cuyo elemento integrador como nuevo sujeto lo es la negación de la condición de vendedores de la fuerza de trabajo. O, lo que es lo mismo, en la operación de venta de la fuerza de trabajo actúa el sujeto-ciudadano capitalista y en la resistencia a la venta actúa el sujeto colectivo obrero. El sujeto de la política es universal; el sujeto colectivo obrero es particular en tránsito hacia la totalidad. Ambos marchan de la mano, excluyéndose mutuamente y adoptando la apariencia de cambios en el Estado y en la esfera política en general.

3. Interrogantes marxistas y paradojas teóricas en Colombia

Las paradojas teóricas emanadas de una cierta lectura de los desarrollos sociales en Colombia, en la década de los setenta (numeral 1 de esta Introducción), están íntimamente conectadas con los interrogantes agrupados en torno a la llamada "crisis del marxismo" y con algunas de las rupturas y aperturas que los vienen respondiendo (numeral 2). Veamos.

3.1. La necesidad de redefinir la práctica "política" obrera

Al hablar del movimiento obrero sindicalizado en Colombia vimos que sus luchas no desbordaban los aparatos (sindicato, partido, Estado; en general, sentido vulgar o formalista del concepto forma); pero sugerimos también que su contenido sí parecía confrontar la existencia misma del trabajo como mercancía dentro de las condiciones y posibilidades actuales de reproducción del capital en Colombia. Naturalmente, no podremos reconocer el potencial de estas prácticas obreras si permanecemos dentro del esquema jerárquico sindicato-partido o de los niveles estratificados que en última instancia fundamentan este esquema: base-superestructura, economía-política.

Tampoco podremos advertir ese potencial si nos limitamos a buscar de manera directa y evidente la negación de la separación entre economía y política, puesto que en este caso la inscripción de las luchas dentro del sindicato nos llevará a minimizar su alcance y, en última instancia, a reintroducir involuntariamente un ordenamiento jerárquico de las luchas según se desarrollen o no dentro de los aparatos capitalistas. Si así lo hiciésemos, no podríamos dejar de ver, en las luchas sindicales en Colombia en los años setenta, unas simples pugnas distributivas necesariamente insertadas dentro de los parámetros de la democracia burguesa y únicamente posibles dentro de ellos. E inclusive leeríamos en aquellos episodios una reiteración obrera de los derechos y obligaciones fundamentales del individualismo burgués.

Así que debemos afrontar corajudamente el problema teórico que se nos presenta: *aceptar que han sido luchas obreras que han frenado, amenazado e interrumpido la reproducción del capital en Colombia implica replantear la magnitud y el alcance de esas prácticas y ello solo puede hacerse a partir de un concepto opuesto de lo político o de lo social.* Ha

de ser un concepto que advierta un nuevo significado en la capacidad obrera de detener la venta de la fuerza de trabajo sin impedir definitivamente la reconstitución de la forma mercancía o la continuidad de los esqueletos que le sirven de vehículo. Ha de ser un concepto que funda el presente y el futuro de la clase obrera en su resistencia actual a la venta de la fuerza de trabajo y en su existencia futura a partir de la generalización del status de vendedores. Ha de definir lo político o social de manera antitética a la separación capitalista de las instancias; ha de incluir en la lucha de clases la definición misma de la política y del sujeto. Ha de penetrar la vida cotidiana bifurcando en dos cada evento, ya no en torno a la voluntad de los sujetos o a las características esenciales de los aparatos sino a dos fuerzas que se escinden. La una promoviendo la reconstitución de las condiciones de circulación del trabajo como mercancía y la otra negándolas, no mediante el retorno a una sociedad de productores individuales sino mediante la configuración del único sujeto capaz de eliminar el dominio capitalista de la sociedad: el productor colectivo total.

Si admitimos la energía anticapitalista de las luchas obreras de los setenta deberemos reconceptualizar los lugares de lucha; no habría una sola política sino una esfera política capitalista constituida por la escisión social impuesta por la mercancía y una esfera política o social obrera constituida por las fuerzas que impulsan la negación de la forma valor del trabajo. Ambas esferas son a su vez proyectos en el sentido de que sus límites, hallándose en permanente reconstitución, tienden a abarcar la totalidad social.

Y si aceptamos que las luchas obreras ganan sentido autónomo en cuanto proyectos de constitución de sujetos, deberemos llegar forzosamente a la necesidad de combinar la urgencia actual del combate anticapitalista ineludible e inmediato con la paciencia constructiva de un proyecto que escapa a la voluntad de los sujetos actuales precisamente por cuanto su objetivo consiste en la construcción de un nuevo sujeto. Habrá que compaginar la transitoriedad y la particularidad de las conquistas sociales posibles en el momento actual con la permanencia de las luchas y con la permanente actualidad del proyecto de constitución del sujeto total. Habrá que descubrir la doble imposición obrera de una nueva organización del trabajo y de un nuevo sujeto tras el efecto de reconstitución y ampliación de la forma mercancía ocasionado por determinadas luchas.

En fin, por su énfasis en el carácter antinómico de las luchas obreras cotidianas e inmediatas, por el reconocimiento de la necesaria parcialidad social de las conquistas obreras del presente y por la inserción y evaluación de las luchas actuales dentro de un proyecto social total, el nuevo concepto de política que anima la lectura de los desarrollos ocurridos en Colombia en la década del setenta desborda por completo la idea predominante de "la política" en cuanto lugar, en cuanto aparatos y en cuanto sujetos.

3.2 La necesidad de redefinir el contenido concreto del concepto clase obrera.

Nuestras observaciones deliberadamente selectivas de las luchas que han tenido lugar en Colombia en los últimos años nos llevaron también a subrayar los síntomas de acercamiento y hasta de confusión entre la clase obrera tradicional y los movimientos populares urbanos. Sin haber entrado todavía en detalles (ver capítulos 3 y siguientes), comenzamos a descubrir un cierto grado de unificación del contenido de las demandas y de la forma de las acciones que, sugerimos, tenía sus raíces en la progresiva comparabilidad de los trabajos de unos y otros. _

Pues bien, la comparabilidad de los trabajos supone que todos ellos sean sometidos a unas mismas reglas de configuración, que todos se coloquen en el mismo plano y se miren desde una misma óptica. Que se desprendan de las calidades particulares de los productores y de los procesos productivos y se integren a un proceso productivo de conjunto donde cada elemento sólo tiene significado dentro de la totalidad y su contribución se mide con la misma vara de magnitudes que evalúa a todos los demás. Esta homogeneidad es justamente impuesta por el encasillamiento del trabajo en la forma valor y, por ello, la circunstancia de que se venga ampliando la comparabilidad del trabajo es inseparable de la expansión de la forma mercancía y, con ella, de la clase obrera.

Y si además de reconocer que el concepto de clase obrera encierra un contenido variable, aceptamos también que ese contenido variable es en sí mismo fruto de la dinámica contradictoria entre el capital y el trabajo, estaremos admitiendo que dicha dinámica encierra unas fuerzas tendientes a la generalización de la forma mercancía y a la transformación del sujeto obrero particular en sujeto total o sujeto social. Naturalmente, no serán fuerzas que operen de manera lineal o unívoca sino

que se liberarán erráticamente, al vaivén de las exigencias de reproducción del capital y de la capacidad obrera de reapropiación de las relaciones sociales. Con lo cual se produce un panorama de etapas o fases de mayor o menor alcance de la forma mercancía del trabajo y, por ende, de mayor o menor alcance social de la clase obrera. De allí que las fases de que hemos venido hablando sean prácticamente un criterio de medición de los horizontes actuales de las luchas obreras y de su mayor o menor grado de formación como sujeto social. A las fases de otras vertientes marxistas, concebidas en términos del desarrollo de las fuerzas productivas o del avance de "la conciencia" y la organización del sujeto revolucionario, contraponemos ahora unas fases ligadas a la formación de la clase obrera.

Cuando aceptamos la tendencia a la expansión de la clase obrera aceptamos también la tendencia a la ampliación de los lugares sociales donde se desarrolla la práctica política obrera y desde donde se ejerce presión hacia una mayor expansión de clase. Por esta razón, los interrogantes concretos que se vienen planteando dentro del marxismo tocan con la ampliación de la clase obrera a raíz de la creciente participación de la mujer en el mercado de trabajo o de la progresiva unificación de trabajadores sindicalizados y pobladores urbanos en torno al mejoramiento de los servicios públicos. Son interrogantes que fuerzan la ruptura con el contenido fijo que se había venido atribuyendo al concepto de clase obrera o con la reducción de las organizaciones de clase a las organizaciones de fábrica. De suerte que aquella orientación hacia la ampliación de la clase obrera que detectábamos en Colombia es la misma que viene animando el replanteamiento de las relaciones entre trabajo doméstico y trabajo asalariado, entre empresa y sociedad, entre trabajo productivo y trabajo improductivo, entre producción y reproducción, entre producción y circulación de fuerza de trabajo y de otras mercancías o, en general, entre producción, circulación y acumulación. La misma fuerza expansiva que comenzábamos a vislumbrar en el caso colombiano impulsa en otras latitudes el reexamen de la constitución de la fuerza de trabajo en mercancía y, en general, del concepto de valor, así como también el estudio de los mecanismos capitalistas de control directo o indirecto del proceso productivo.

Existe, pues, una múltiple relación temática entre los eventos que venimos escogiendo en Colombia y algunos de aquéllos que han dado lugar a la llamada crisis del marxismo. Es una relación temática fun-

dada en el hecho de que unos y otros tienen que ver con procesos de redefinición de instancias sociales o de desvanecimiento de las barreras entre distintas actividades a raíz de la generalización de la forma mercancía dentro de la sociedad. Lo que no quiere decir que se trate exactamente de la misma redefinición en todos los continentes del orbe capitalista o que las observaciones formuladas para Colombia sean generalizables a otras latitudes. La comunidad que establecemos entre todos esos eventos es, en primer lugar, teórica, en cuanto les cabe a todos ellos el concepto de nueva fase de la relación capital-trabajo (Capítulo 3). Es también una comunidad concreta de eventos en la medida en que todos ellos parecen estar atados al eje de reestructuración mundial de la división del trabajo.

3.3. La necesidad de redefinir la intervención constitutiva del Estado.

Cuando examinamos las políticas estatales en Colombia, vimos que ellas se habían desprendido de los intereses de las clases sociales dominantes actuales y que sólo adquirirían sentido de conjunto dentro del marco de los esfuerzos estatales pro constitución en el país de nuevos procesos productivos y, en general, de nuevas modalidades de la relación entre el capital y el trabajo. Estas nuevas modalidades se vendrían imponiendo al costo de la oposición, la transformación y hasta la desaparición de las fracciones dominantes en la actualidad. Sugerimos entonces que esta autonomía del Estado frente a los sujetos era la otra cara de la subordinación del Estado con respecto a las demandas de constitución y reconstitución de las relaciones capitalistas. Ello significaba a su vez que la intervención esencial o la coparticipación del Estado en la configuración del capitalismo no se limita a la constitución inicial de la relación sino que tiene un carácter permanente, el cual se hace más visible y notorio en los momentos de reorganización general de aquella que marcan el tránsito de una fase a otra.

De la manera anterior, los eventos observados en Colombia esbozaban un nuevo ángulo interpretativo de los vínculos entre el Estado entendido como forma social constitutiva de la relación capitalista y las políticas y los aparatos estatales. Evidentemente, este ángulo abre las puertas a la fusión de la determinación de fondo de la existencia y de la intervención del Estado con los contenidos y las modalidades de esa existencia y de esas actuaciones. Es un ángulo que nivela, a la manera de las esclusas de un canal, la cotidianeidad fluctuante con la perma-

nencia y la inmutabilidad que por definición atribuimos a las formas sociales.

El factor operador de tal nivelación no puede ser otro que el restablecimiento de la importancia de las luchas cotidianas. Sólo si reconocemos en ellas la amenaza permanente a la continuidad de la forma mercancía del trabajo descubriremos la necesidad esencial que tiene el capital para reconstituirse constantemente mediante transformaciones erráticas pero no aleatorias de las modalidades de intervención de sus formas constitutivas.

Así las cosas, la lectura de los desarrollos ocurridos en Colombia se anuda nuevamente con los interrogantes que vienen reemergiendo dentro del marxismo en las últimas décadas. En efecto, según se planteó en el numeral 2 de esta introducción, estos interrogantes no sólo apuntan al papel esencialmente capitalista del Estado sino que también rechazan los entendimientos voluntaristas del sujeto, cualquiera que él sea pero de manera especial del sujeto que pretende controlar o reemplazar los determinantes de la existencia y del desarrollo de los polos contrapuestos del capital y del trabajo. Y las observaciones que hemos subrayado para Colombia indican que al Estado no se lo puede sujetar a la voluntad de una clase o fracción concreta o de contenido fijo como tampoco se lo puede separar de la dinámica ininterrumpida de esos polos para efectos de darle autonomía frente a las relaciones de producción capitalistas consideradas en abstracto. La recuperación de las dimensiones de las luchas ordinarias y el abandono de la subjetividad son entonces el puente de doble calzada que comunica los dilemas marxistas generales con los problemas abiertos por nuestra visión de los eventos colombianos.

3.4. La necesidad de reinterpretar las prácticas obreras que se desarrollan dentro del aparato estatal.

El redescubrimiento de una práctica obrera propia o autónoma, la distinción entre el Estado como forma social constitutiva y el aparato estatal y la recuperación del impacto de las luchas cotidianas cuyo contenido arrincona a la reproducción del capital y la hace saltar desprendiéndose de sus propias bases actuales, nos llevan también a releer el significado de algunas luchas populares desarrolladas en Colombia en el curso de los años sesenta. Nos referimos a las llamadas luchas demo-

cráticas a las cuales sólo hemos hecho referencia tangencial en las páginas anteriores y sobre las cuales volveremos en el Capítulo 7 de este trabajo. Aquí las traemos brevemente a colación con el único propósito de mostrar en ellas un nuevo punto de cruce entre los interrogantes marxistas generales y las reflexiones formuladas a propósito de los eventos ocurridos en Colombia.

En Colombia se da usualmente el nombre de “luchas democráticas” a aquellas que, contando entre sus agentes principales a miembros de las clases trabajadoras, tienen por objeto principal la preservación o la restauración de los derechos y las garantías constitucionales propias del individuo intercambista del modo de producción capitalista. Son, además, luchas que generalmente se desarrollan con obediencia a las reglas establecidas para el comportamiento político dentro del Estado burgués.

Naturalmente, en cuanto se trata de luchas cuyo marco de acción y cuyo propósito aparente o declarado constituyen en sí mismos reiteración de las libertades indispensables para que los trabajadores vendan en el mercado su fuerza de trabajo y acepten la subordinación del trabajo a las reglas de la mercancía, estaremos innegablemente frente a unas luchas sometidas al imperio burgués, sin el más mínimo trazo de la mano obrera. Sin embargo, hemos encontrado en las páginas anteriores que el significado social de las luchas no depende de su nombre, ni del nombre de los aparatos dentro de los cuales se desarrollan, como tampoco de la representación mental que de ellas tengan sus agentes. Por el contrario, hemos llegado a la conclusión de que ese significado depende de las posibilidades que ellas abren o no a la reconstitución del trabajo en mercancía y a su impacto sobre la unión y extensión del sujeto obrero. Lo que nos ha llevado a sostener que las luchas obreras ponen en jaque el efecto constitutivo de las formas, que normalmente lo hacen a través de su contenido y excepcionalmente mediante la destrucción directa de los aparatos que ponen en vigencia esas formas sociales.

Así las cosas, deberemos aceptar la posibilidad de que algunas de aquellas luchas, libradas en nombre de las banderas democráticas, encierran veladamente contenidos que niegan las posibilidades de reconstitución del sujeto vendedor o del sujeto democrático por cuanto se resisten a las condiciones actuales de reproducción del capital o por cuanto

se valen de nuevas modalidades de reproducción del capital para extender el sujeto obrero mediante la resistencia a las nuevas condiciones de reproducción. En tales circunstancias estaremos frente a una reapropiación obrera de las relaciones sociales mediante la negación de la autonomía del objeto-mercancía y de las imposiciones de éste sobre el sujeto productor.

Pero para llegar a esta relectura de las llamadas luchas democráticas, es indispensable poder ver en ellas un ejercicio obrero que va más allá de la aceptación nominal de la democracia burguesa; es decir, un ejercicio obrero propio o autónomo paralelo a la reconstitución de la forma burguesa del Estado y antagónico con ésta. Es, entonces, indispensable que trascendamos el significado burgués de la política y liberemos la energía obrera por unos caminos propios que todavía nos permanecen ocultos por cuanto no estamos preparados para verlos. Para ello necesitamos desarrollar herramientas teóricas que nos permitan captar la intervención obrera tras las variaciones en las formas del Estado y descubrir pacientemente en ellas la política propia de las clases trabajadoras y su autodesarrollo. Un primer paso en este sentido lo constituye la distinción entre *la forma-Estado*, en sí misma capitalista y las *fases y formas* de la relación capital-trabajo y del Estado en particular. Estas últimas, si bien se refieren respectivamente a la extensión social de la relación capitalista y a las modalidades de su reconstitución cotidiana, dejan traslucir en sus transformaciones los desarrollos de la política obrera y las respuestas del capital.

4. Objeto y orden de exposición del trabajo.

Este ensayo tiene por objeto delinear *las prácticas obreras y las prácticas capitalistas* en función de los proyectos de uno y otro polo de la dinámica social. Se trata de descubrir los lugares propios o posiciones estratégicas excluyentes de unas luchas que, en el plano de lo concreto, se confunden en un solo terreno. Complementariamente, se busca hallar las magnitudes y limitaciones de luchas que, nuevamente en el plano de lo concreto, parecerían desarrollarse en un tiempo continuo de posibilidades ilimitadas. Es un ejercicio de disección de una unidad empírica en las caras o los momentos de dominación capitalista y en la contracara de los momentos de autonomía obrera, unos y otros encasillados en cada una de las fases de la relación entre estas clases. Se pretende hallar los dos proyectos orientadores, las fuerzas que escapan

a la voluntad de los sujetos; pero que éstos impulsan reiterándose o negándose como tales.

Estas prácticas incompatibles y sin embargo coexistentes se examinarán a propósito de la crisis que atraviesa el capitalismo (Capítulo 1) y de la fase de la relación entre el capital y el trabajo que ella parece inaugurar (Capítulo 3). La oportunidad es propicia por cuanto, según veremos más adelante (Capítulo 2), los períodos de transición entre una y otra fase son también escenarios donde se reajusta el campo de lucha, ampliándose o restringiéndose según el caso. Son épocas de rearticulación de las actividades sociales que dejan entrever con más claridad que en otros momentos la variabilidad del contenido de las esferas capitalistas de la economía y de la política y el contenido asimismo variable del concepto de clase obrera. Y a su turno la variabilidad lleva a pensar en los horizontes transitorios de lucha, en los proyectos de constitución de clase y en la relación de éstos con las luchas ordinarias que han originado las crisis y las fases.

La fase que se inicia parece extenderse desde los más céntricos países hasta los más remotos confines de la cadena capitalista mundial. Sin embargo, es un huracán que afecta desigualmente las también distintas relaciones sociales previamente existentes en cada país. Por ello, deberemos combinar *dos niveles de análisis* en cada uno de los capítulos. Nos acercaremos a la teorización y esporádicamente a las manifestaciones del ojo del huracán para establecer su vigor, su orientación y sus horizontes de transformación. Por otra parte, examinaremos los determinantes específicos de la crisis y la rearticulación particular de las actividades sociales en uno de los islotes arrasados periféricamente por el huracán capitalista de los setenta: Colombia. Ello nos fuerza a incurrir frecuentemente en consideraciones concretas atinentes al caso colombiano, siempre con el propósito de hallar expresiones singulares de un replanteamiento más general de la relación entre el capital y el trabajo.

Naturalmente, tratándose de un replanteamiento de alcance mundial, es tentadora la posibilidad de efectuar comparaciones con otros países, especialmente con aquellos que presentan síntomas similares, por una parte de resistencia obrera y, por otra, de reinserción en la nueva división internacional del trabajo. Varios de los países suramericanos saltan hipotéticamente a la vista: Perú, Chile, Brasil, Argentina y Uru-

guay son quizás los ejemplos más notorios. En efecto, si hacemos abstracción de las diferencias en cuanto al mayor o menor grado de democracia burguesa, la dinámica social dominante en todos ellos parece ser la de la recomposición de la clase obrera y la del enfrentamiento entre el capital y los trabajadores en torno a esta recomposición. Es un enfrentamiento que ha promovido la expansión de la clase obrera, el surgimiento de nuevas organizaciones y la proliferación de acciones obreras novedosas. También en ellos las categorías tradicionales de clase obrera se han vuelto demasiado estrechas y las organizaciones comienzan a parecer cerradas y fragmentarias. Sin embargo, no contamos con suficiente información para llevar adelante esta comparación; además, el aporte de este trabajo no será en ningún caso su contenido empírico sino la perspectiva de lectura y de articulación de los procesos que vamos a ilustrar con ejemplos traídos del caso colombiano.

La secuencia lógica de la exposición es como sigue:

— Capítulo 1, donde se propone entender *las crisis* como interrupciones de la reproducción del capital. Tiene por objeto mostrar cómo, desde el punto de vista obrero, existe una relación causal entre luchas obreras y amenazas a la reproducción del capital o momentos de interrupción de ésta. Sugiere que el vocablo "crisis" se ha empleado equívocamente y que su connotación predominante ha coincidido con el punto de vista del capital, esto es, con la cara de reestructuración de la dominación. Esta reestructuración puede seguir uno de dos grandes cauces: uno que no implica expansión de las relaciones capitalistas y que opera mediante el debilitamiento directo de la resistencia obrera actual, y otro que opera mediante la expansión de la clase obrera como vía de quebrantamiento de la resistencia de ésta. En este último caso hablamos de fase.

Es un capítulo que trata principalmente con la crisis de acumulación en Colombia en la década del setenta.

— Capítulo 2, en el cual se esboza el concepto de *fase*, entendido como redefinición de las actividades sociales y reajuste de los vínculos entre ellas. Se sugiere cuáles han sido las fases principales de la relación capital-trabajo de acuerdo con este concepto y se lo compara con algunos de los criterios de periodización que han prevalecido dentro del

marxismo. Finalmente, se subraya la pertinencia del concepto cuando se trata de descubrir el punto de vista obrero.

— Capítulo 3, donde se precisa la especificidad de la fase que se inicia por razón del nuevo tipo de *fluidez* global que va emergiendo: fluidez entre los productores, entre los procesos productivos, entre la producción y la circulación y entre la producción y la reproducción.

Es un capítulo que toca con los determinantes globales de la crisis capitalista actual y que toma ejemplos de los países del centro y de los países periféricos.

— Capítulo 4, donde se presenta un diagnóstico general del *grado de penetración* del nuevo tipo de fluidez en Colombia y de las limitaciones o posibilidades próximas de mayor penetración. Es un capítulo que ilustra para el caso concreto de Colombia los desarrollos teóricos de los capítulos 2 y 3 y que, en este sentido, puede leerse como continuación del Capítulo 1 sobre la crisis de acumulación en Colombia en el curso de los años setenta.

— Capítulo 5, que trata de la *nueva intervención constitutiva del Estado*, correspondiente a la fase de la relación capital-trabajo que se inicia. Ilustra la especificidad de tal intervención en cada fase del capitalismo y muestra su carácter esencial a la existencia del capital en cada una de ellas. A partir de un paralelo con el Estado despótico oriental y con los Estados actuales de la Europa Oriental, presenta los elementos para categorizar al Estado en la nueva fase. Toma ejemplos de diversos Estados capitalistas, especialmente de las intervenciones del Estado en Colombia.

— Capítulo 6, en el cual se examina, a la luz de los dos capítulos precedentes, *la recomposición de la clase obrera* que se viene llevando a cabo en Colombia a partir del grado específico de penetración del nuevo tipo de fluidez y de la nueva intervención constitutiva del Estado. Es un capítulo de presentación y conceptualización de la información empírica cuantitativa y cualitativa pertinente.

— Capítulo 7, en el cual se estudian *las formas o modalidades del Estado* correspondientes a la nueva intervención constitutiva de éste. Toca con la reorganización de los aparatos que incorporan la forma burguesa

sa de "la política" y muestran la íntima conexión entre esta reorganización y las luchas obreras que amenazan la reproducción del capital. Se llega a diagnosticar un esqueleto general para estas formas en los diversos países capitalistas que entran en la nueva fase, y una anatomía más detallada de las posibles configuraciones de ese esqueleto para el caso colombiano.